

# **El Perro del Hortelano**

**Por**

**Félix Lope de Vega y Carpio**

Hablan en ella las personas siguientes.

DIANA, condesa de Belflor.

LEONIDO, criado.

EL CONDE FEDERICO.

ANTONELO, lacayo.

TEODORO, su secretario.

MARCELA, de su cámara.

DOROTEA, de su cámara.

ANARDA, de su cámara.

OTAVIO, su mayordomo.

FABIO, su gentilhombre.

EL CONDE LUDOVICO.

FURIO.

LIRANO.

TRISTÁN, lacayo.

RICARDO, marqués.

CELIO, criado.

CAMILO.

## ACTO I

(Salen TEODORO, con una capa guarnecida de noche, y TRISTÁN, criado. Vienen huyendo.)

TEODORO

Huye, Tristán, por aquí.

TRISTÁN

Notable desdicha ha sido.

TEODORO

¿Si nos habrá conocido?

TRISTÁN

No sé; presumo que sí.

(Váyanse y entre tras ellos DIANA, condesa de Belflor.)

DIANA

¡Ah, gentilhombre! ¡Esperad!

¡Teneos! ¡Oíd! ¿Qué digo?

¿Esto se ha de usar conmigo?

Volved, mirad, escuchad.

¡Hola! ¿No hay aquí un criado?

¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?

Pues no es sombra lo que vi,

ni sueño que me ha burlado.

¡Hola! ¿Todos duermen ya?

(Sale FABIO, criado.)

FABIO

¿Llama vuestra señoría?

DIANA

Para la cólera mía

gusto esa flema me da.

Corred, necio, enhoramala,

pues merecéis este nombre,

y mirad quién es un hombre

que salió de aquesta sala.

FABIO

¿Desta sala?

DIANA

Caminad,

y responded con los pies.

FABIO

Voy tras él.

DIANA

Sabed quién es.

¿Hay tal traición, tal maldad?

(Sale OTAVIO.)

OTAVIO

Aunque su voz escuchaba,

a tal hora no creía

que era vuestra señoría

quien tan aprisa llamaba.

DIANA

¡Muy lindo santelmo hacéis!

¡Bien temprano os acostáis!

¡Con la flema que llegáis!

¡Qué despacio que os movéis!

Andan hombres en mi casa

a tal hora, y aun los siento

casi en mi propio aposento

(que no sé yo dónde pasa

tan grande insolencia, Otavio),

y vós, muy a lo escudero,

cuando yo me desespero,

¿así remediáis mi agravio?

OTAVIO

Aunque su voz escuchaba

a tal hora, no creía

que era vuestra señoría

quien tan aprisa llamaba.

DIANA

Volveos, que no soy yo;

acostaos, que os hará mal.

(Sale FABIO.)

OTAVIO

Señora...

FABIO

No he visto tal;  
como un gavián partió.

DIANA

¿Viste las señas?

FABIO

¿Qué señas?

DIANA

¿Una capa no llevaba  
con oro?

FABIO

Cuando bajaba  
la escalera...

DIANA

¡Hermosas dueñas  
sois los hombres de mi casa!

FABIO

... a la lámpara tiró  
el sombrero y la mató;  
con esto, los patios pasa,  
y en lo oscuro del portal  
saca la espada y camina.

DIANA

Vós sois muy lindo gallina.

FABIO

¿Qué querías?

DIANA

¡Pesia tal!

Cerrar con él y matalle.

OTAVIO

Si era hombre de valor,

¿fuera bien echar tu honor

desde el portal a la calle?

DIANA

De valor aquí, ¿por qué?

OTAVIO

¿Nadie en Nápoles te quiere

que, mientras casarse espere,

por donde puede te vee?

¿No hay mil señores que están,

para casarse contigo,

ciegos de amor? Pues bien digo

si tú le viste galán

y Fabio tirar, bajando,

a la lámpara el sombrero.

DIANA

Sin duda fue caballero

que, amando y solicitando,

vencerá con interés

mis criados. ¡Qué criados

tengo, Otavio, tan honrados!

Pero yo sabré quién es:

plumas llevaba el sombrero

y en la escalera ha de estar.

Ve por él.

FABIO

¿Si le he de hallar?

DIANA

¡Pues claro está, majadero!

Que no había de bajarse  
por él cuando huyendo fue.

FABIO

Luz, señora, llevaré.

DIANA

Si ello viene a averiguarse,  
no me ha de quedar culpado  
en casa.

OTAVIO

Muy bien harás,  
pues, cuando segura estás,  
te han puesto en este cuidado,  
pero aunque es bachillería,  
y más estando enojada,  
hablarte en lo que te enfada,  
esta tu injusta porfía  
de no te querer casar  
causa tantos desatinos,  
solicitando caminos  
que te obligasen a amar.

DIANA

¿Sabéis vós alguna cosa?

OTAVIO

Yo, señora, no sé más  
de que en opinión estás  
de incasable, cuanto hermosa.

El condado de Belflor

pone a muchos en cuidado.

(Sale FABIO.)

FABIO

Con el sombrero he topado,

mas no puede ser peor.

DIANA

Muestra. ¿Qué es esto?

FABIO

No sé.

Este aquel galán tiró.

DIANA

¿Este?

OTAVIO

No le he visto yo

más sucio.

FABIO

Pues este fue.

DIANA

¿Este hallaste?

FABIO

¿Pues yo había

de engañarte?

OTAVIO

Buenas son

las plumas.

FABIO

Él es ladrón.

OTAVIO

Sin duda a robar venía.

DIANA



Hareisme perder el seso.

FABIO

Este sombrero tiró.

DIANA

Pues las plumas que vi yo,  
y tantas que aun era exceso,  
¿en esto se resolvieron?

FABIO

Como en la lámpara dio,  
sin duda se las quemó  
y como estopas ardieron.  
¿Ícaro al sol no subía  
que, abrasándose las plumas,  
cayó en las blancas espumas  
del mar? Pues esto sería.  
El sol la lámpara fue,  
Ícaro el sombrero, y luego  
las plumas deshizo el fuego  
y en la escalera le hallé.

DIANA

No estoy para burlas, Fabio;  
hay aquí mucho que hacer.

OTAVIO

Tiempo habrá para saber  
la verdad.

DIANA

¿Qué tiempo, Otavio?

OTAVIO

Duerme agora, que mañana  
lo puedes averiguar.

DIANA

No me tengo de acostar,  
no, ¡por vida de Dïana!,  
hasta saber lo que ha sido.  
Llama esas mujeres todas.

OTAVIO

Muy bien la noche acomodas.

DIANA

Del sueño, Otavio, me olvido  
con el cuidado de ver  
un hombre dentro en mi casa.

OTAVIO

Saber después lo que pasa  
fuera discreción, y hacer  
secreta averiguación.

DIANA

Sois, Otavio, muy discreto,  
que dormir sobre un secreto  
es notable discreción.

(Salen FABIO, DOROTEA, MARCELA, ANARDA.)

FABIO

Las que importan he traído,  
que las damas no sabrán  
lo que deseas, y están  
rindiendo al sueño el sentido.  
Las de tu cámara solas  
estaban por acostar.

ANARDA

De noche se altera el mar  
y se enfurecen las olas.

FABIO

¿Quieres quedar sola?

DIANA

Sí,

salíos los dos allá.

FABIO

¡Bravo examen!

OTAVIO

Loca está.

FABIO

Y sospechosa de mí.

[Vanse.]

DIANA

Llégate aquí, Dorotea.

DOROTEA

¿Qué manda vuseñoría?

DIANA

Que me dijese querría

quién esta calle pasea.

DOROTEA

Señora, el marqués Ricardo,

y algunas veces el conde

Paris.

DIANA

La verdad responde

de lo que decirte aguardo

si quieres tener remedio.

DOROTEA

¿Qué te puedo yo negar?

DIANA

¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA

Si me pusieses en medio  
de mil llamas, no podré  
decir que, fuera de ti,  
hablar con nadie los vi  
que en aquesta casa esté.

DIANA

¿No te han dado algún papel?  
¿Ningún paje ha entrado aquí?

DOROTEA

Jamás.

DIANA

Apártate allí.

MARCELA

¡Brava inquisición!

ANARDA

Crüel.

DIANA

Oye, Anarda.

ANARDA

¿Qué me mandas?

DIANA

¿Qué hombre es este que salió?

ANARDA

¿Hombre?

DIANA

Desta sala, y yo  
sé los pasos en que andas.

¿Quién le trajo a que me viese?

¿Con quién habla de vosotras?

ANARDA

No creas tú que en nosotras  
tal atrevimiento hubiese.

¿Hombre, para verte a ti,  
había de osar traer  
criada tuya, ni hacer  
esa traición contra ti?

No, señora, no lo entiendes.

DIANA

Espera, apártate más,  
porque a sospechar me das,  
si engañarme no pretendes,  
que por alguna criada  
este hombre ha entrado aquí.

ANARDA

El verte, señora, así,  
y justamente enojada,  
dejada toda cautela  
me obliga a decir verdad,  
aunque contra el amistad  
que profeso con Marcela.  
Ella tiene a un hombre amor  
y él se le tiene también,  
mas nunca he sabido quién.

DIANA

Negarlo, Anarda, es error.

Ya que confiesas lo más,  
¿para qué [m]e niegas lo menos?

ANARDA

Para secretos ajenos  
mucho tormento me das  
sabiendo que soy mujer,  
mas basta que hayas sabido  
que por Marcela ha venido.  
Bien te puedes recoger,  
que es solo conversaci3n  
y ha poco que se comienza.

DIANA

¿Hay tan crüel desvergüenza?  
¡Buena andar3 la opini3n  
de una mujer por casar!  
¡Por el siglo, infame gente,  
del Conde mi señor...!

ANARDA

Tente,  
y d3jame disculpar,  
que no es de fuera de casa  
el hombre que habla con ella,  
ni para venir a vella  
por esos peligros pasa.

DIANA

En efeto ¿es mi criado?

ANARDA

S3, señora.

DIANA

¿Qui3n?

ANARDA

Teodoro.

DIANA

¿El secretario?

ANARDA

Yo ignoro

lo demás; sé que han hablado.

DIANA

Retírate, Anarda, allí.

ANARDA

Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA

Con más templanza me siento  
sabiendo que no es por mí.

¿Marcela?

MARCELA

¿Señora?

DIANA

Escucha.

MARCELA

¿Qué mandas?

([Aparte.]

Temblando llego.)

DIANA

¿Eres tú de quién fiaba  
mi honor y mis pensamientos?

MARCELA

Pues ¿qué te han dicho de mí,  
sabiendo tú que profeso  
la lealtad que tú mereces?

DIANA

¿Tú lealtad?

MARCELA

¿En qué te ofendo?

DIANA

¿No es ofensa que en mi casa  
y dentro de mi aposento  
entre un hombre a hablar contigo?

MARCELA

Está Teodoro tan necio  
que dondequiera me dice  
dos docenas de requiebros.

DIANA

¿Dos docenas? ¡Bueno, a fe!  
Bendiga el buen año el cielo,  
pues se venden por docenas.

MARCELA

Quiero decir que, en saliendo  
o entrando, luego a la boca  
traslada sus pensamientos.

DIANA

¿Traslada? ¡Término extraño!  
¿Y qué te dice?

MARCELA

No creo  
que se me acuerde.

DIANA

Sí hará.

MARCELA

Una vez dice: «Yo pierdo  
el alma por esos ojos»;  
otra: «Yo vivo por ellos;  
esta noche no he dormido



desvelando mis deseos  
en tu hermosura»; otra vez  
me pide solo un cabello  
para atarlos, porque estén  
en su pensamiento quedos,  
mas ¿para qué me preguntas  
niñerías?

DIANA

Tú, a lo menos,  
bien te huelgas.

MARCELA

No me pesa,  
porque de Teodoro entiendo  
que estos amores dirige  
a fin tan justo y honesto  
como el casarse conmigo.

DIANA

Es el fin del casamiento  
honesto blanco de amor.  
¿Quieres que yo trate desto?

MARCELA

¡Qué mayor bien para mí!  
Pues ya, señora, que veo  
tanta blandura en tu enojo  
y tal nobleza en tu pecho,  
te aseguro que le adoro,  
porque es el mozo más cuerdo,  
más prudente y entendido,  
más amoroso y discreto,  
que tiene aquesta ciudad.

DIANA

Ya sé yo su entendimiento  
del oficio en que me sirve.

MARCELA

Es diferente el sujeto  
de una carta, en que le pruebas  
a dos títulos tus deudos,  
o el verle hablar más de cerca,  
en estilo dulce y tierno,  
razones enamoradas.

DIANA

Marcela, aunque me resuelvo  
a que os caséis cuando sea  
para ejecutarlo tiempo,  
no puedo dejar de ser  
quien soy, como ves que debo  
a mi generoso nombre,  
porque no fuera bien hecho  
daros lugar en mi casa.  
Sustentar mi enojo quiero;  
pues que ya todos le saben,  
tú podrás con más secreto  
proseguir ese tu amor,  
que en la ocasión yo me ofrezco  
a ayudaros a los dos,  
que Teodoro es hombre cuerdo  
y se ha criado en mi casa  
y a ti, Marcela, te tengo  
la obligación que tú sabes,  
y no poco parentesco.

MARCELA

A tus pies tienes tu hechura.

DIANA

Vete.

MARCELA

Mil veces los beso.

DIANA

Dejadme sola.

ANARDA

¿Qué ha sido?

MARCELA

Enojos en mi provecho.

DOROTEA

¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA

Sí sabe, y que son honestos.

(Háganle tres reverencias y váyanse.)

DIANA

(Sola.)

Mil veces he advertido en la belleza,  
gracia y entendimiento de Teodoro,  
que, a no ser desigual a mi decoro,  
estimara su ingenio y gentileza.

Es el amor común naturaleza,  
mas yo tengo mi honor por más tesoro,  
que los respetos de quien soy adoro  
y aun el pensarlo tengo por bajeza.

La envidia bien sé yo que ha de quedarme,  
que, si la suelen dar bienes ajenos,  
bien tengo de qué pueda lamentarme,

porque quisiera yo que, por lo menos,  
Teodoro fuera más para igualarme  
o yo, para igualarle, fuera menos.  
(Salen TEODORO y TRISTÁN.)

TEODORO

No he podido sosegar.

TRISTÁN

Y aun es con mucha razón,  
que ha de ser tu perdición  
si lo llega a averiguar.

Díjete que la dejaras  
acostar, y no quisiste.

TEODORO

Nunca el amor se resiste.

TRISTÁN

Tiras, pero no reparas.

TEODORO

Los diestros lo hacen así.

TRISTÁN

Bien sé yo que, si lo fueras,  
el peligro conocieras.

TEODORO

¿Si me conoció?

TRISTÁN

No y sí,  
que no conoció quién eras  
y sospecha le quedó.

TEODORO

Cuando Fabio me siguió  
bajando las escaleras,

fue milagro no matalle.

TRISTÁN

¡Qué lindamente tiré  
mi sombrero a la luz!

TEODORO

Fue  
detenelle y deslumbralle,  
porque si adelante pasa,  
no le dejara pasar.

TRISTÁN

Dije a la luz al bajar:  
«Di que no somos de casa»,  
y respondiome: «Mentís»;  
alzo, y tirele el sombrero.  
¿Quedé agraviado?

TEODORO

Hoy espero  
mi muerte.

TRISTÁN

Siempre decís  
esas cosas los amantes  
cuando menos pena os dan.

TEODORO

Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,  
en peligros semejantes?

TRISTÁN

Dejar de amar a Marcela,  
pues la Condesa es mujer  
que, si lo llega a saber,  
no te ha de valer cautela

para no perder su casa.

TEODORO

¿Y no hay más, sino olvidar?

TRISTÁN

Liciones te quiero dar  
de cómo el amor se pasa.

TEODORO

Ya comienzas desatinos.

TRISTÁN

Con arte se vence todo;  
oye, por tu vida, el modo  
por tan fáciles caminos.  
Primeramente has de hacer  
resolución de olvidar,  
sin pensar que has de tornar  
eternamente a querer;  
que si te queda esperanza  
de volver, no habrá remedio  
de olvidar, que si está en medio  
la esperanza, no hay mudanza.  
¿Por qué piensas que no olvida  
luego un hombre a una mujer?  
Porque pensando volver  
va entreteniendo la vida.  
Ha de haber resolución  
dentro del entendimiento,  
con que cesa el movimiento  
de aquella imaginación.  
¿No has visto faltar la cuerda  
de un reloj y estarse quedas,

sin movimiento, las ruedas?  
Pues desafortunadamente se acuerda  
el que tienen las potencias  
cuando la esperanza falta.

TEODORO

¿Y la memoria no salta  
luego a hacer mil diligencias,  
despertando el sentimiento  
a que del bien no se prive?

TRISTÁN

Es enemigo que vive  
asido al entendimiento,  
como dijo la canción  
de aquel español poeta,  
mas por eso es linda treta  
vencer la imaginación.

TEODORO

¿Cómo?

TRISTÁN

Pensando defectos  
y no gracias; que, olvidando,  
defectos están pensando,  
que no gracias, los discretos.  
No la imagines vestida  
con tan linda proporción  
de cintura en el balcón  
de unos chapines subida;  
toda es vana arquitectura,  
porque dijo un sabio un día  
que a los sastres se debía

la mitad de la hermosura.  
Como se ha de imaginar  
una mujer semejante  
es como un diciplinante  
que le llevan a curar;  
esto sí, que no adornada  
del costoso faldellín.

Pensar defetos, en fin,  
es medecina aprobada.

Si de acordarte que vías  
alguna vez una cosa  
que te pareció asquerosa  
no comes en treinta días,  
acordándote, señor,  
de los defetos que tiene,  
si a la memoria te viene,  
se te quitará el amor.

TEODORO

¡Qué grosero cirujano!

¡Qué rústica curación!

Los remedios al fin son  
como de tu tosca mano.

Médico impírico eres;  
no has estudiado, Tristán.

Yo no imagino que están  
desa suerte las mujeres,  
sino todas cristalinas,  
como un vidro transparentes.

TRISTÁN

Vidro, sí, muy bien lo sientes,



si a verlas quebrar caminas.

Mas si no piensas pensar  
defetos, pensar te puedo,  
porque ya he perdido el miedo  
de que podrás olvidar.

¡Pardiez! Yo quise una vez,  
con esta cara que miras,  
a una alforja de mentiras,  
años, cinco veces diez,  
y entre otros dos mil defetos  
cierta barriga tenía  
que encerrar dentro podía,  
sin otros mil parapetos,  
cuantos legajos de pliegos  
algún escritorio apoya,  
pues como el caballo en Troya  
pudiera meter los griegos.

¿No has oído que tenía  
cierto lugar un nogal  
que en el tronco un oficial  
con mujer y hijos cabía  
y aún no era la casa escasa?  
Pues desa misma manera  
en esta panza cupiera  
un tejedor y su casa,  
y queriéndola olvidar,  
que debió de convenirme,  
dio la memoria en decirme  
que pensase en blanco azar,  
en azucena y jazmín,

en marfil, en plata, en nieve  
y en la cortina que debe  
de llamarse el faldellín,  
con que yo me deshacía.  
Mas tomé más cuerdo acuerdo  
y di en pensar como cuerdo  
lo que más le parecía:  
cestos de calabazones,  
baúles viejos, maletas  
de cartas para estafetas,  
almofrejes y jergones,  
con que se trocó en desdén  
el amor y la esperanza  
y olvidé la dicha panza  
por siempre jamás amén,  
que era tal que en los dobleces,  
y no es mucho encarecer,  
se pudieran esconder  
cuatro manos de almireces.

TEODORO

En las gracias de Marcela  
no hay defetos que pensar.  
Yo no la pienso olvidar.

TRISTÁN

Pues a tu desgracia apela  
y sigue tan loca empresa.

TEODORO

Todo es gracias, ¿qué he de hacer?

TRISTÁN

Pensarlas hasta perder

la gracia de la Condesa.

(Sale la CONDESA.)

DIANA

Teodoro.

TEODORO

La misma es.

DIANA

Escucha.

TEODORO

A tu hechura manda.

TRISTÁN

[Aparte.]

Si en averiguarlo anda,

de casa volamos tres.

DIANA

Hame dicho cierta amiga

que desconfía de sí

que el papel que traigo aquí

le escriba. A hacerlo me obliga

la amistad, aunque yo ignoro,

Teodoro, cosas de amor,

y que le escribas, mejor,

vengo a decirte, Teodoro.

Toma y lee.

TEODORO

Si aquí,

señora, has puesto la mano,

igualarle fuera en vano

y fuera soberbia en mí.

Sin verle pedirte quiero

que a esa señora le envíes.

DIANA

Léele.

TEODORO

Que desconfíes  
me espanto. Aprender espero  
estilo, que yo no sé,  
que jamás traté de amor.

DIANA

¿Jamás, jamás?

TEODORO

Con temor  
de mis defetos no amé,  
que soy muy desconfiado.

DIANA

Y se puede conocer  
de que no te dejas ver,  
pues que te vas rebozado.

TEODORO

¿Yo, señora? ¿Cuándo o cómo?

DIANA

Dijéronme que salió  
anoche acaso, y te vio  
rebozado el mayordomo.

TEODORO

Andaríamos burlando  
Fabio y yo, como solemos,  
que mil burlas nos hacemos.

DIANA

Lee, lee.

TEODORO

Estoy pensando  
que tengo algún envidioso.

DIANA

Celoso podría ser.  
Lee, lee.

TEODORO

Quiero ver  
ese ingenio milagroso.

(Lea.)

«Amar por ver amar envidia ha sido,  
y primero que amar estar celosa  
es invención de amor maravillosa  
y que por imposible se ha tenido.  
De los celos mi amor ha procedido  
por pesarme que, siendo más hermosa,  
no fuese en ser amada tan dichosa  
que hubiese lo que envidio merecido.  
Estoy, sin ocasión, desconfiada,  
celosa sin amor, aunque, sintiendo,  
debo de amar, pues quiero ser amada.  
Ni me dejo forzar, ni me defiendo;  
darme quiero a entender sin decir nada:  
entiéndame quien puede; yo me entiendo.»

DIANA

¿Qué dices?

TEODORO

Que si esto es  
a propósito del dueño,  
no he visto cosa mejor,

mas confieso que no entiendo  
como puede ser que amor  
venga a nacer de los celos,  
pues que siempre fue su padre.

DIANA

Porque esta dama sospecho  
que se agradaba de ver  
este galán sin deseo  
y, viéndole ya empleado  
en otro amor, con los celos  
vino a amar y a desear.

¿Puede ser?

TEODORO

Yo lo concedo;  
mas ya esos celos, señora,  
de algún principio nacieron,  
y ese fue amor, que la causa  
no nace de los efectos,  
sino los efectos della.

DIANA

No sé, Teodoro, esto siento  
desta dama, pues me dijo  
que nunca al tal caballero  
tuvo más que inclinación  
y, en viéndole amor, salieron  
al camino de su honor  
mil salteadores deseos  
que le han desnudado el alma  
del honesto pensamiento  
con que pensaba vivir.

TEODORO

Muy lindo papel has hecho.  
Yo no me atrevo a igualarle.

DIANA

Entra y prueba.

TEODORO

No me atrevo.

DIANA

Haz esto, por vida mía.

TEODORO

Vusiñoría con esto  
quiere probar mi ignorancia.

DIANA

Aquí aguardo; vuelve luego.

TEODORO

Yo voy.

[Vase.]

DIANA

Escucha, Tristán.

TRISTÁN

A ver lo que mandas vuelvo  
con vergüenza destas calzas,  
que el secretario, mi dueño,  
anda salido estos días;  
y hace mal un caballero,  
sabiendo que su lacayo  
le va sirviendo de espejo,  
de lucero y de cortina,  
en no traerle bien puesto.  
Escalera del señor,

si va a caballo, un discreto  
nos llamó, pues a su cara  
se sube por nuestros cuerpos.  
No debe de poder más.

DIANA

¿Juega?

TRISTÁN

¡Pluguiera a los cielos!,  
que a quien juega nunca faltan,  
desto o de aquello, dineros.  
Antiguamente los reyes  
algún oficio aprendieron  
por, si en la guerra o la mar  
perdían su patria y reino,  
saber con que sustentarse;  
dichosos los que pequeños  
aprendieron a jugar,  
pues, en faltando, es el juego  
un arte noble que gana,  
con poca pena, el sustento.

Verás un grande pintor,  
acrisolando el ingenio,  
hacer una imagen viva  
y decir el otro, necio,  
que no vale diez escudos  
y que el que juega, en diciendo  
«paro», con salir la suerte,  
le sale a ciento por ciento.

DIANA

En fin ¿no juega?



TRISTÁN

Es cuitado.

DIANA

A la cuenta, será cierto

tener amores.

TRISTÁN

¿Amores?

¡Oh, qué donaire! ¡Es un yelo!

DIANA

Pues un hombre de su talle,

galán, discreto y mancebo,

¿no tiene algunos amores

de honesto entretenimiento?

TRISTÁN

Yo trato en paja y cebada,

no en papeles y requiebros.

De día te sirve aquí;

que está ocupado sospecho.

DIANA

Pues ¿nunca sale de noche?

TRISTÁN

No le acompaño, que tengo

una cadera quebrada.

DIANA

¿De qué, Tristán?

TRISTÁN

Bien te puedo

responder lo que responden

las mal casadas en viendo

cardenales en su cara

del mojicón de los celos:

«Rodé por las escaleras.»

DIANA

¿Rodaste?

TRISTÁN

Por largo trecho

con las costillas conté

los pasos.

DIANA

Forzoso es eso

si a la lámpara, Tristán,

le tirabas el sombrero.

TRISTÁN

¡Oste, puto! ¡Vive Dios

que se sabe todo el cuento!

DIANA

¿No respondes?

TRISTÁN

Por pensar

cuándo, pero ya me acuerdo:

anoche andaban en casa

unos murciélagos negros;

el sombrero los tiraba;

fuese a la luz uno dellos

y acerté, por dar en él,

en la lámpara, y tan presto

por la escalera rodé,

que los dos pies se me fueron.

DIANA

Todo está muy bien pensado,

pero un libro de secretos  
dice que es buena la sangre  
para quitar el cabello,  
desos murciégalos digo,  
y haré yo sacarla luego,  
si es cabello la ocasión,  
para quitarla con ellos.

TRISTÁN

¡Vive Dios que hay chamusquina,  
y que por murciegalero  
me pone en una galera!

DIANA

¡Qué traigo de pensamientos!  
(Sale FABIO.)

FABIO

Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA

Poned esas sillas luego.  
(Salen RICARDO, marqués, y CELIO.)

RICARDO

Con el cuidado que el amor, Diana,  
pone en un pecho que aquel fin desea,  
que la mayor dificultad allana,  
el mismo quiere que te adore y vea,  
solicito mi causa, aunque por vana  
esta ambición algún contrario crea  
que, dando más lugar a su esperanza,  
tendrá menos amor que confianza.  
Está vusñoría tan hermosa  
que estar buena el mirarla me asegura,

que en la mujer, y es bien pensada cosa,  
la más cierta salud es la hermosura,  
que en estando gallarda, alegre, airosa,  
es necedad, es inorancia pura,  
llegar a preguntarle si está buena,  
que todo entendimiento la condena.  
Sabiendo que lo estáis, como lo dice  
la hermosura, Diana, y la alegría,  
de mí, si a la razón no contradice,  
saber, señora, cómo estoy querría.

DIANA

Que vuestra señoría solenice  
lo que en Italia llaman gallardía  
por hermosura es digno pensamiento  
de su buen gusto y claro entendimiento;  
que me pregunte cómo está, no creo  
que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO

Quien sabe de mi amor y mi deseo  
el fin honesto, a este favor se obliga.  
A vuestros deudos inclinados veo  
para que en lo tratado se prosiga;  
solo falta, señora, vuestro acuerdo,  
porque sin él las esperanzas pierdo.  
Si como soy señor de aquel estado,  
que con igual nobleza heredé agora,  
lo fuera desde el Sur más abrasado  
a los primeros paños del Aurora,  
si el oro de los hombres adorado,  
las congeladas lágrimas que llora

el cielo o los diamantes orientales  
que abrieron por el mar caminos tales  
tuviera yo, lo mismo os ofreciera;  
y no dudéis, señora, que pasara  
a donde el sol apenas luz me diera,  
como a solo serviros importara;  
en campañas de sal pies de madera  
por las remotas aguas estampara  
hasta llegar a las australes playas,  
del humano poder últimas rayas.

DIANA

Creo, señor Marqués, el amor vuestro  
y, satisfecha de nobleza tanta,  
haré tratar el pensamiento nuestro,  
si al conde Federico no le espanta.

RICARDO

Bien sé que en trazas es el Conde diestro,  
porque en ninguna cosa me adelanta;  
mas yo fío de vós, que mi justicia  
los ojos cegará de su malicia.

(Sale TEODORO.)

TEODORO

Ya lo que mandas hice.

RICARDO

Si ocupada  
vuseñoría está, no será justo  
hurtarle el tiempo.

DIANA

No importara nada,  
puesto que a Roma escribo.

RICARDO

No hay disgusto  
como en día de cartas dilatada  
visita.

DIANA

Sois discreto.

RICARDO

En daros gusto.

Celio, ¿qué te parece?

CELIO

Que quisiera  
que ya tu justo amor premio tuviera.

(Vase RICARDO.)

DIANA

¿Escribiste?

TEODORO

Ya escribí,  
aunque bien desconfiado,  
mas soy mandado y forzado.

DIANA

Muestra.

TEODORO

Lee.

DIANA

Dice así:

(Lee DIANA.)

«Querer por ver querer envidia fuera  
si quien lo vio, sin ver amar, no amara,  
porque antes de amar, no amar pensara,  
después no amara, puesto que amar viera.

Amor que lo que agrada considera  
en ajeno poder su amor declara,  
que como la color sale a la cara,  
sale a la lengua lo que al alma altera.  
No digo más, porque lo más ofendo  
desde lo menos, si es que desmerezco  
porque del ser dichoso me defiendo.  
Esto que entiendo solamente ofrezco,  
que lo que no merezco no lo entiendo  
por no dar a entender que lo merezco.

DIANA

Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO

¿Búrlaste?

DIANA

¡Pluguiera a Dios!

TEODORO

¿Qué dices?

DIANA

Que de los dos  
el tuyo vence, Teodoro.

TEODORO

Pésame, pues no es pequeño  
principio de aborrecer  
un criado el entender  
que sabe más que su dueño.

De cierto rey se contó  
que le dijo a un gran privado:  
«Un papel me da cuidado,  
y si bien le he escrito yo.

Quiero ver otro de vós  
y el mejor escoger quiero.»  
Escribiole el caballero  
y fue el mejor de los dos.  
Como vio que el Rey decía  
que era su papel mejor,  
fuese y díjole al mayor  
hijo de tres que tenía:  
«Vámonos del reino luego,  
que en gran peligro estoy yo.»  
El mozo le preguntó  
la causa, turbado y ciego,  
y respondiolo: «Ha sabido  
el Rey que yo sé más que él»,  
que es lo que en aqueste papel  
me puede haber sucedido.

DIANA

No, Teodoro, que aunque digo  
que es el tuyo más discreto,  
es porque sigue el conceto  
de la materia que sigo  
y no para que presuma  
tu pluma, que, si me agrada,  
pierdo el estar confiada  
de los puntos de mi pluma;  
fuera de que soy mujer  
a cualquier error sujeta,  
y no sé si muy discreta,  
como se echa de ver.  
Desde lo menos aquí



dices que ofendes lo más  
y amando; engañado estás,  
porque en amor no es así,  
que no ofende un desigual  
amando, pues solo entiendo  
que se ofende aborreciendo.

TEODORO

Esa es razón natural.

Mas pintaron a Faetonte  
y a Ícaro despeñados:  
uno, en caballos dorados,  
precipitado en un monte,  
y otro, con alas de cera,  
derretido en el crisol  
del sol.

DIANA

No lo hiciera el sol  
si, como es sol, mujer fuera.  
Si alguna cosa sirvieres  
alta, sírvela y confía,  
que amor no es más que porfía;  
no son piedras las mujeres.  
Yo me llevo este papel,  
que despacio me conviene  
verle.

TEODORO

Mil errores tiene.

DIANA

No hay error ninguno en él.

TEODORO

Honras mi deseo; aquí

traigo el tuyo.

DIANA

Pues allá

le guarda, aunque bien será  
rasgarle.

TEODORO

¿Rasgarle?

DIANA

Sí,

que no importa que se pierda  
si se puede perder más.

(Váyase.)

TEODORO

Fuese. ¿Quién pensó jamás  
de mujer tan noble y cuerda  
este arrojarse tan presto  
a dar su amor a entender?

Pero también puede ser  
que yo me engañase en esto.

Mas no me ha dicho jamás,  
ni a lo menos se me acuerda:

«Pues ¿qué importa que se pierda,  
si se puede perder más?»

Perder más... Bien puede ser  
por la mujer que decía...

Mas todo es bachillería,  
y ella es la misma mujer.

Aunque no, que la Condesa  
es tan discreta y tan varia

que es la cosa más contraria  
de la ambición que profesa.  
Sírvenla príncipes hoy  
en Nápoles. ¿Qué no puedo  
ser su esclavo? Tengo miedo,  
que en grande peligro estoy.  
Ella sabe que a Marcela  
sirvo, pues aquí ha fundado  
el engaño y me ha burlado.  
Pero en vano se recela  
mi temor, porque jamás  
burlando salen colores.  
¿Y el decir con mil temores  
que se puede perder más?  
¿Qué rosa al llorar la Aurora  
hizo de las hojas ojos,  
abriendo los labios rojos  
con risa a ver cómo llora  
como ella los puso en mí,  
bañada en púrpura y grana,  
o qué pálida manzana  
se esmaltó de carmesí?  
Lo que veo y lo que escucho  
yo lo juzgo, o estoy loco,  
para ser de veras, poco,  
y para de burlas, mucho.  
Mas teneos, pensamiento,  
que os vais ya tras la grandeza,  
aunque si digo belleza  
bien sabéis vós que no miento,

que es bellísima Dïana  
y es discreción sin igual.

(Sale MARCELA.)

MARCELA

¿Puedo hablarte?

TEODORO

Ocasión tal

mil imposibles allana,  
que por ti, Marcela mía,  
la muerte me es agradable.

MARCELA

Como yo te vea y hable,  
dos mil vidas perdería.  
Estuve esperando el día  
como el pajarillo solo  
y, cuando vi que en el polo  
que Apolo más presto dora  
le despertaba la Aurora,  
dije: «Yo veré mi Apolo.»  
Grandes cosas han pasado,  
que no se quiso acostar  
la Condesa hasta dejar  
satisfecho su cuidado;  
amigas que han envidiado  
mi dicha con deslealtad  
le han contado la verdad,  
que entre quien sirve, aunque veas  
que hay amistad, no la creas,  
porque es fingida amistad.  
Todo lo sabe en efeto,

que si es Dïana la luna,  
siempre a quien ama importuna,  
salió y vio nuestro secreto;  
pero será, te prometo,  
para mayor bien, Teodoro,  
que del honesto decoro  
con que tratas de casarte  
le di parte, y dije aparte  
cuán tiernamente te adoro;  
tus prendas le encarecí,  
tu estilo, tu gentileza,  
y ella entonces su grandeza  
mostró tan piadosa en mí,  
que se alegró de que en ti  
hubiese los ojos puesto  
y de casarnos muy presto  
palabra también me dio,  
luego que de mí entendió  
que era tu amor tan honesto.  
Yo pensé que se enojara  
y la casa revolviera,  
que a los dos nos despidiera  
y a los demás castigara,  
mas su sangre ilustre y clara  
y aquel ingenio en efeto  
tan prudente y tan perfeto  
conoció lo que mereces.  
¡Oh, bien haya, amén mil veces,  
quien sirve a señor discreto!

TEODORO

¿Que casarme prometió  
contigo?

MARCELA

¿Pones duda  
que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO

[Aparte.]

Mi ignorancia me engañó.

¡Qué necio pensaba yo  
que hablaba en mí la Condesa!

De haber pensado me pesa  
que pudo tenerme amor,  
que nunca tan alto azor  
se humilla a tan baja presa.

MARCELA

¿Qué murmuras entre ti?

TEODORO

Marcela, conmigo habló,  
pero no se declaró  
en darme a entender que fui  
el que embozado salí  
anoche de su aposento.

MARCELA

Fue discreto pensamiento  
por no obligarse al castigo  
de saber que hablé contigo,  
si no lo es el casamiento,  
que el castigo más piadoso  
de dos que se quieren bien  
es casarlos.

TEODORO

Dices bien,  
y el remedio más honroso.

MARCELA

¿Querrás tú?

TEODORO

Seré dichoso.

MARCELA

Confírmalo.

TEODORO

Con los brazos,  
que son los rasgos y lazos  
de la pluma del amor,  
pues no hay rúbrica mejor  
que la que firman los brazos.

(Sale la CONDESA.)

DIANA

Esto se ha enmendado bien;  
ahora estoy muy contenta,  
que siempre a quien reprehende  
da gran gusto ver la enmienda.

No os turbéis, ni os alteréis.

TEODORO

Dije, señora, a Marcela  
que anoche salí de aquí  
con tanto disgusto y pena  
de que vuestra señoría  
imaginase, en su ofensa,  
este pensamiento honesto  
para casarme con ella,

que me he pensado morir,  
y dándome por respuesta  
que mostrabas en casarnos  
tu piedad y tu grandeza,  
dile mis brazos, y advierte  
que si mentirte quisiera  
no me faltara un engaño,  
pero no hay cosa que venza  
como decir la verdad  
a una persona discreta.

DIANA

Teodoro, justo castigo  
la deslealtad mereciera  
de haber perdido el respeto  
a mi casa, y la nobleza  
que usé anoche con los dos  
no es justo que parte sea  
a que os atreváis así,  
que en llegando a desvergüenza  
el amor, no hay privilegio  
que el castigo le defienda.

Mientras no os casáis los dos,  
mejor estará Marcela  
cerrada en un aposento,  
que no quiero yo que os vean  
juntos las demás criadas  
y que por ejemplo os tengan  
para casárseme todas.

¡Dorotea! ¡Ah, Dorotea!

(Sale DOROTEA.)



DOROTEA

Señora...

DIANA

Toma esta llave  
y en mi propia cuadra encierra  
a Marcela, que estos días  
podrá hacer labor en ella.  
No diréis que esto es enojo.

DOROTEA

¿Qué es esto, Marcela?

MARCELA

Fuerza  
de un poderoso tirano  
y una rigurosa estrella.  
¡Enciérrame por Teodoro!

DOROTEA

Cárcel aquí no la temas,  
y para puertas de celos  
tiene amor llave maestra.  
(Váyanse las dos. Queden la CONDESA y TEODORO.)

DIANA

En fin, Teodoro, ¿tú quieres  
casarte?

TEODORO

Yo no quisiera  
hacer cosa sin tu gusto;  
y créeme que mi ofensa  
no es tanta como te han dicho,  
que bien sabes que con lengua  
de escorpión pintan la envidia,

y que si Ovidio supiera  
qué era servir, no en los campos,  
no en las montañas desiertas  
pintara su oscura casa,  
que aquí habita y aquí reina.

DIANA

Luego ¿no es verdad que quieres  
a Marcela?

TEODORO

Bien pudiera  
vivir sin Marcela yo.

DIANA

Pues dícame que por ella  
pierdes el seso.

TEODORO

Es tan poco  
que no es mucho que le pierda,  
mas crea vusiñoría  
que aunque Marcela merezca  
esas finezas en mí,  
no ha habido tantas finezas.

DIANA

Pues ¿no le has dicho requiebros  
tales que engañar pudieran  
a mujer de más valor?

TEODORO

Las palabras poco cuestan.

DIANA

¿Qué le has dicho, por mi vida?  
¿Cómo, Teodoro, requiebran

los hombres a las mujeres?

TEODORO

Como quien ama y quien ruega,  
vistiendo de mil mentiras  
una verdad, y esa apenas.

DIANA

Sí, pero ¿con qué palabras?

TEODORO

Estrañamente me aprieta  
vuseñoría: «Esos ojos,  
le dije, esas niñas bellas,  
son luz con que ven los míos,  
y los corales y perlas  
desa boca celestial...»

DIANA

¿Celestial?

TEODORO

Cosas como estas  
son la cartilla, señora,  
de quien ama y quien desea.

DIANA

Mal gusto tienes, Teodoro.  
No te espantes de que pierdas  
hoy el crédito conmigo,  
porque sé yo que en Marcela  
hay más defetos que gracias.  
Como la miro más cerca...  
Sin esto, porque no es limpia,  
no tengo pocas pendencies  
con ella... Pero no quiero

desenamorate della,  
que bien pudiera decirte  
cosas, pero aquí se quedan  
sus gracias o sus desgracias,  
que yo quiero que la quieras  
y que os caséis en buen hora,  
mas, pues de amador te precias,  
dame consejo, Teodoro,  
ansí a Marcela poseas,  
para aquella amiga mía  
que ha días que no sosiega  
de amores de un hombre humilde,  
porque si en quererle piensa,  
ofende su autoridad,  
y si de quererle deja,  
pierde el jüicio de celos,  
que el hombre, que no sospecha  
tanto amor, anda cobarde,  
aunque es discreto con ella.

TEODORO

¿Yo, señora, sé de amor?  
No sé, por Dios, cómo pueda  
aconsejarte.

DIANA

¿No quieres,  
como dices, a Marcela?  
¿No le has dicho esos requiebros?  
Tuvieran lengua las puertas,  
que ellas dijeran.

TEODORO

No hay cosa  
que decir las puertas puedan.

DIANA

Ea, que ya te sonrojas,  
y lo que niega la lengua  
confiesas con las colores.

TEODORO

Si ella te lo ha dicho, es necia;  
una mano le tomé  
y no me quedé con ella,  
que luego se la volví.  
¡No sé yo de qué se queja!

DIANA

Sí, pero hay manos que son  
como la paz de la Iglesia,  
que siempre vuelven besadas.

TEODORO

Es necísima Marcela.  
Es verdad que me atreví,  
pero con mucha vergüenza,  
a que templase la boca  
con nieve y con azucenas.

DIANA

¿Con azucenas y nieve?  
Huelgo de saber que tiempla  
ese emplasto el corazón.  
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO

Que si esa dama que dices  
hombre tan bajo desea,

y de quererle resulta  
a su honor tanta bajeza,  
haga que con un engaño,  
sin que la conozca, pueda  
gozarle.

DIANA

Queda el peligro  
de presumir que lo entienda.  
¿No será mejor matarle?

TEODORO

De Marco Aurelio se cuenta  
que dio a su mujer Faustina,  
para quitarle la pena,  
sangre de un esgrimidor,  
pero estas romanas pruebas  
son buenas entre gentiles.

DIANA

Bien dices, que no hay Lucrecias,  
ni Torcatos, ni Virginios  
en esta edad, y en aquella  
hubo Faustinas, Teodoro,  
Mesalinas y Popeas.  
Escríbeme algún papel  
que a este propósito sea,  
y queda con Dios. ¡Ay, Dios!  
(Caiga.)

¡Caí! ¿Qué me miras? ¡Llega!

¡Dame la mano!

TEODORO

El respeto

me detuvo de ofrecella.

DIANA

¡Qué graciosa grosería  
que con la capa la ofrezcas!

TEODORO

Así, cuando vas a misa,  
te la da Otavio.

DIANA

Es aquella  
mano que yo no le pido,  
y debe de haber setenta  
años que fue mano, y viene  
amortajada por muerta.  
Aguardar quien ha caído  
a que se vista de seda  
es como ponerse un jaco  
quien ve al amigo en pendencia,  
que mientras baja, le han muerto.  
Demás que no es bien que tenga  
nadie por más cortesía,  
aunque melindres lo aprueban,  
que una mano, si es honrada,  
traiga la cara cubierta.

TEODORO

Quiero estimar la merced  
que me has hecho.

DIANA

Cuando seas  
escudero la darás  
en el ferreruelo envuelta,

que agora eres secretario,  
con que te he dicho que tengas  
secreta aquesta caída,  
si levantarte deseas.

(Váyase.)

TEODORO

¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,  
si miro que es mujer Dīana hermosa.

Pidió mi mano, y la color de rosa,  
al dársela, robó del rostro el miedo.

Tembló, yo lo sentí; dudoso quedo.

¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa,  
si bien, por ser la empresa tan dudosa,  
niego al temor lo que al valor concedo.

Mas dejar a Marcela es caso injusto,  
que las mujeres no es razón que esperen  
de nuestra obligación tanto disgusto.

Pero si ellas nos dejan cuando quieren  
por cualquiera interés o nuevo gusto,  
mueran también como los hombres mueren.

\*\*\*\*\*

## ACTO II

(Salen el CONDE FEDERICO y LEONIDO, criado.)

FEDERICO

¿Aquí la viste?

LEONIDO

Aquí entró



como el alba por un prado,  
que a su tapete bordado  
la primera luz le dio;  
y según la devoción,  
no pienso que tardarán,  
que conozco al capellán  
y es más breve que es razón.

FEDERICO

¡Ay, si la pudiese hablar!

LEONIDO

Siendo tú su primo, es cosa  
acompañarla forzosa.

FEDERICO

El pretenderme casar  
ha hecho ya sospechoso  
mi parentesco, Leonido,  
que antes de haberla querido  
nunca estuve temeroso.

Verás que un hombre visita  
una dama libremente  
por conocido o pariente  
mientras no la solicita,  
pero en llegando a querella,  
aunque de todos se guarde,  
menos entra, y más cobarde,  
y apenas habla con ella.

Tal me ha sucedido a mí  
con mi prima la Condesa,  
tanto, que de amar me pesa,  
pues lo más del bien perdí,

pues me estaba mejor vella  
tan libre como solía.

(Salen el MARQUÉS RICARDO y CELIO.)

CELIO

A pie digo que salía,  
y alguna gente con ella.

RICARDO

Por estar la Iglesia enfrente  
y por preciarse del talle  
ha querido honrar la calle.

CELIO

¿No has visto por el Oriente  
salir, serena mañana,  
el sol con mil rayos de oro,  
cuando dora el blanco Toro  
que pace campos de grana  
(que así llamaba un poeta  
los primeros arreboles)?

Pues tal salió, con dos soles,  
más hermosa y más perfecta,  
la bellísima Dïana,  
la condesa de Belflor.

RICARDO

Mi amor te ha vuelto pintor  
de tan serena mañana,  
y hácesla sol con razón,  
porque el sol, en sus caminos,  
va pasando varios signos  
que sus pretendientes son.

Mira que allí Federico

aguarda sus rayos de oro.

CELIO

¿Cuál de los dos será el Toro  
a quien hoy al sol aplico?

RICARDO

Él, por primera afición,  
aunque del nombre se guarde,  
que yo, para entrar más tarde,  
seré el signo de León.

FEDERICO

¿Es aquel Ricardo?

LEONIDO

Él es.

FEDERICO

Fuera maravilla rara  
que deste puesto faltara.

LEONIDO

¡Gallardo viene el Marqués!

FEDERICO

No pudieras decir más  
si tú fueras el celoso.

LEONIDO

¿Celos tienes?

FEDERICO

¿No es forzoso?  
De alabarle me los das.

LEONIDO

Si a nadie quiere Dïana,  
¿de qué los puedes tener?

FEDERICO

De que le puede querer,  
que es mujer.

LEONIDO

Sí, mas tan vana,  
tan altiva y desdeñosa,  
que a todos os asegura.

FEDERICO

Es soberbia la hermosura.

LEONIDO

No hay ingratitud hermosa.

CELIO

Diana sale, señor.

RICARDO

Pues tendrá mi noche día.

CELIO

¿Hablarasla?

RICARDO

Eso querría,  
si quiere el competidor.

(Salen OTAVIO, FABIO, TEODORO, la CONDESA y, detrás,  
MARCELA, DOROTEA, ANARDA, con mantos. Llegue el CONDE por un  
lado.)

FEDERICO

Aquí aguardaba con deseo de veros.

DIANA

Señor Conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO

Y yo, señora, con el mismo agora  
a acompañaros vengo y a serviros.

DIANA

Señor Marqués, ¿qué dicha es esta mía?

¡Tanta merced...!

RICARDO

Bien debe a mi deseo  
vuseñoría este cuidado.

FEDERICO

Creo  
que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO

Háblala, no te turbes.

FEDERICO

¡Ay, Leonido!  
Quien sabe que no gustan de escuchalle,  
¿de qué te admiras que se turbe y calle?

(Todos se entren por la otra puerta, acompañando a la CONDESA, y quede allí TEODORO.)

TEODORO

Nuevo pensamiento mío  
desvanecido en el viento,  
que, con ser mi pensamiento,  
de veros volar me ríó,  
parad, detened el brío,  
que os detengo y os provoco  
porque, si el intento es loco,  
de los dos lo mismo escucho,  
aunque donde el premio es mucho  
el atrevimiento es poco;  
y si por disculpa dais  
que es infinito el que espero,  
averigüemos primero,

pensamiento, en qué os fundáis.

¿Vós a quien servís amáis?

Diréis que ocasión tenéis

si a vuestros ojos creéis,

pues, pensamiento, decildes

que sobre pajas humildes

torre de diamante hacéis.

Si no me sucede bien,

quiero culparos a vós,

mas teniéndola los dos,

no es justo que culpa os den,

que podréis decir también,

cuando del alma os levanto

y de la altura me espanto

donde el amor os subió,

que el estar tan bajo yo

os hace a vós subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido

al que le ofende defiende,

que dio la ocasión se entiende

del daño que os ha venido,

sed en buen hora atrevido,

que aunque los dos nos perdamos

esta disculpa llevamos:

que vós os perdéis por mí

y que yo tras vós me fui

sin saber adónde vamos.

Id en buen hora aunque os den

mil muertes por atrevido,

que no se llama perdido

el que se pierde tan bien.  
Como otros dan parabién  
de lo que hallan, estoy tal  
que de perdición igual  
os le doy, porque es perderse  
también, que puede tenerse  
envidia del mismo mal.

[Sale TRISTÁN.]

TRISTÁN

Si en tantas lamentaciones  
cabe un papel de Marcela,  
que contigo se consuela  
de sus pasadas prisiones,  
bien te le daré sin porte,  
porque a quien no ha menester  
nadie le procura ver  
a la usanza de la corte.  
Cuando está en alto lugar  
un hombre (¡y qué bien lo imitas!),  
¡qué le vienen de visitas  
a molestar y a enfadar!,  
pero si mudó de estado,  
como es la Fortuna incierta,  
todos huyen de su puerta  
como si fuese apestado.  
¿Parécete que lavemos  
en vinagre este papel?

TEODORO

Contigo, necio, y con él  
entr ambas cosas tenemos.

Muestra, que vendrá lavado  
si en tus manos ha venido.

(Lea.)

«A Teodoro, mi marido.»

¿Marido? ¡Qué necio enfado!

¡Qué necia cosa!

TRISTÁN

Es muy necia.

TEODORO

Pregúntale a mi ventura

si subida a tanta altura

esas mariposas precia.

TRISTÁN

Léele, por vida mía,

aunque ya estés tan divino,

que no se desprecia el vino

de los mosquitos que cría,

que yo sé cuando Marcela,

que llamas ya mariposa,

era águila caudalosa.

TEODORO

El pensamiento que vuela

a los mismos cercos de oro

del sol tan baja la mira,

que aun de que la vee se admira.

TRISTÁN

Hablas con justo decoro.

Mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO

Esto.



TRISTÁN

¿Rasgástele?

TEODORO

Sí.

TRISTÁN

¿Por qué, señor?

TEODORO

Porque así

respondí más presto a él.

TRISTÁN

Ese es injusto rigor.

TEODORO

Ya soy otro, no te espantes.

TRISTÁN

Basta, que sois los amantes

boticarios del amor,

que como ellos las recetas

vais ensartando papeles:

récipe celos crüeles,

agua de azules violetas;

récipe un desdén estraño,

sirupi del borraorum

con que la sangre templorum

para asegurar el daño;

récipe ausencia, tomad

un emplasto para el pecho,

que os hiciera más provecho

estáros en la ciudad;

récipe de matrimonio:

allí es menester jarabes

y, tras diez días süaves,  
purgalle con entimonio;  
récipe signus celeste,  
que Capricornius dicetur,  
ese enfermo morïetur,  
si no es que paciencia preste;  
récipe que de una tienda  
joya o vestido sacabis,  
con tabletas confortabis  
la bolsa que tal emprenda.

A esta traza, finalmente,  
van todo el año ensartando;  
llega la paga: en pagando,  
o viva o muera el doliente  
se rasga todo papel;  
tú la cuenta has acabado  
y el de Marcela has rasgado  
sin saber lo que hay en él.

TEODORO

Ya tú debes de venir  
con el vino que otras veces.

TRISTÁN

Pienso que te desvaneces  
con lo que intentas subir.

TEODORO

Tristán, cuantos han nacido  
su ventura han de tener;  
no saberla conocer  
es el no haberla tenido.

O morir en la porfía,

o ser conde de Belflor.

TRISTÁN

César llamaron, señor,  
a aquel duque que traía  
escrito por gran blasón  
«César o nada» y, en fin,  
tuvo tan contrario el fin  
que al fin de su pretensión  
escribió una pluma airada:  
«"César o nada", dijiste,  
y todo, César, lo fuiste,  
pues fuiste César y nada».

TEODORO

Pues tomo, Tristán, la empresa,  
y haga después la Fortuna  
lo que quisiere.

(Salen MARCELA y DOROTEA.)

DOROTEA

Si a alguna  
de tus desdichas le pesa  
de todas las que servimos  
a la Condesa, soy yo.

MARCELA

En la prisión que me dio  
tan justa amistad hicimos,  
y yo me siento obligada  
de suerte, mi Dorotea,  
que no habrá amiga que sea  
más de Marcela estimada.  
Anarda piensa que yo

no sé cómo quiere a Fabio.  
Pues della nació mi agravio,  
que a la Condesa contó  
los amores de Teodoro.

DOROTEA

Teodoro está aquí.

MARCELA

¡Mi bien!

TEODORO

Marcela, el paso detén.

MARCELA

¿Cómo, mi bien, si te adoro,  
cuando a mis ojos te ofreces?

TEODORO

Mira lo que haces y dices,  
que en palacio los tapices  
han hablado algunas veces.  
¿De qué piensas que nació  
hacer figuras en ellos?  
De avisar que detrás dellos  
siempre algún vivo escuchó.  
Si un mudo, viendo matar  
a un rey, su padre, dio voces,  
figuras que no conoces  
pintadas sabrán hablar.

MARCELA

¿Has leído mi papel?

TEODORO

Sin leerle le he rasgado,  
que estoy tan escarmentado

que rasgué mi amor con él.

MARCELA

¿Son los pedazos aquestos?

TEODORO

Sí, Marcela.

MARCELA

¿Y ya mi amor

has rasgado?

TEODORO

¿No es mejor

que vernos por puntos puestos

en peligros tan estraños?

Si tú de mi intento estás,

no tratemos desto más

para escusar tantos daños.

MARCELA

¿Qué dices?

TEODORO

Que estoy dispuesto

a no darle más enojos

a la Condesa.

MARCELA

En los ojos

tuve muchas veces puesto

el temor desta verdad.

TEODORO

Marcela, queda con Dios;

aquí acaba de los dos

el amor, no el amistad.

DOROTEA

¿Tú dices eso, Teodoro,  
a Marcela?

TEODORO

Yo lo digo,  
que soy de quietud amigo  
y de guardar el decoro  
a la casa que me ha dado  
el ser que tengo.

MARCELA

Oye, advierte.

TEODORO

Déjame.

MARCELA

¿De aquesta suerte  
me tratas?

TEODORO

¡Qué necio enfado!  
(Váyase.)

MARCELA

¡Ah Tristán, Tristán!

TRISTÁN

¿Qué quieres?

MARCELA

¿Qué es esto?

TRISTÁN

Una mudancita,  
que a las mujeres imita  
Teodoro.

TRISTÁN

¿Cuáles mujeres?

TRISTÁN

Unas de azúcar y miel.

MARCELA

Dile...

TRISTÁN

No me digas nada,  
que soy vaina de esta espada,  
nema de aqueste papel,  
caja de aqueste sombrero,  
fieltro deste caminante,  
mudanza deste danzante,  
día deste vario hebrero,  
sombra deste cuerpo vano,  
posta de aquesta estafeta,  
rastros de aquesta cometa,  
tempestad deste verano,  
y finalmente yo soy  
la uña de aqueste dedo,  
que en cortándome no puedo  
decir que con él estoy.

(Váyase.)

MARCELA

¿Qué sientes desto?

DOROTEA

No sé,  
que a hablar no me atrevo.

MARCELA

¿No?

Pues yo hablaré.

DOROTEA

Pues yo no.

MARCELA

Pues yo sí.

DOROTEA

Mira que fue  
bueno el aviso, Marcela,  
de los tapices que miras.

MARCELA

Amor en celosas iras  
ningún peligro recela.  
A no saber cuán altiva  
es la Condesa, dijera  
que Teodoro en algo espera,  
porque no sin causa priva  
tanto estos días Teodoro.

DOROTEA

Calla, que estás enojada.

MARCELA

Mas yo me veré vengada,  
ni soy tan necia que ignoro  
las tretas de hacer pesar.

(Sale FABIO.)

FABIO

¿Está el secretario aquí?

MARCELA

¿Es por burlarte de mí?

FABIO

Por Dios, que le ando a buscar,  
que le llama mi señora.

MARCELA



Fabio, que sea o no sea,  
pregúntale a Dorotea  
cuál puse a Teodoro agora.

¡No es majadero cansado  
este secretario nuestro!

FABIO

¡Qué engaño tan necio el vuestro!

¿Querréis que esté deslumbrado  
de los que los dos tratáis?

¿Es concierto de los dos?

MARCELA

¿Concierto? ¡Bueno!

FABIO

Por Dios,  
que pienso que me engañáis.

MARCELA

Confieso, Fabio, que oí  
las locuras de Teodoro,  
mas yo sé que a un hombre adoro  
harto parecido a ti.

FABIO

¿A mí?

MARCELA

Pues ¿no te pareces  
a ti?

FABIO

Pues ¿a mí, Marcela?

MARCELA

Si te hablo con cautela,  
Fabio, si no me enloqueces,

si tu talle no me agrada,  
si no soy tuya, mi Fabio,  
máteme el mayor agravio,  
que es el querer despreciada.

FABIO

Es engaño conocido  
o tú te quieres morir,  
pues quieres restituir  
el alma que me has debido.

Si es burla o es invención,  
¿a qué camina tu intento?

DOROTEA

Fabio, ten atrevimiento  
y aprovecha la ocasión,  
que hoy te ha de querer Marcela  
por fuerza.

FABIO

Por voluntad  
fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA

Teodoro más alto vuela.

De Marcela se descarta.

FABIO

Marcela, a buscarle voy.  
Bueno en sus desdenes soy;  
si amor te convierte en carta,  
el sobrescrito a Teodoro,  
y, en su ausencia, denla a Fabio;  
mas yo perdono el agravio  
aunque ofenda mi decoro,

y de espacio te hablaré  
siempre tuyo en bien o en mal.

(Váyase.)

DOROTEA

¿Qué has hecho?

MARCELA

No sé; estoy tal  
que de mí misma no sé.

¿Anarda no quiere a Fabio?

DOROTEA

Sí quiere.

MARCELA

Pues de los dos  
me vengo, que amor es Dios  
de la envidia y del agravio.

(Salen la CONDESA y ANARDA.)

DIANA

Esta ha sido la ocasión.  
No me reprehendas más.

ANARDA

La disculpa que me das  
me ha puesto en más confusión.

Marcela está aquí, señora,  
hablando con Dorotea.

DIANA

Pues no hay disgusto que sea  
para mí mayor agora.

Salte allá fuera, Marcela.

MARCELA

Vamos, Dorotea, de aquí.

Bien digo yo que de mí

o se enfada o se recela.

(Váyanse MARCELA y DOROTEA.)

ANARDA

¿Puédote hablar?

DIANA

Ya bien puedes.

ANARDA

Los dos que de aquí se van

ciegos de tu amor están;

tú en desdeñarlos excedes

la condición de Anajarte,

la castidad de Lucrecia,

y quien a tantos desprecia...

DIANA

Ya me canso de escucharte.

ANARDA

¿Con quién se piensa casar?

¿No puede el marqués Ricardo,

por generoso y gallardo,

si no exceder, igualar

al más poderoso y rico?

¿Y la más noble mujer

también no lo puede ser

de tu primo Federico?

¿Por qué los has despedido

con tan extraño desprecio?

DIANA

Porque uno es loco, otro necio,

y tú, en no haberme entendido,

más, Anarda, que los dos.  
No los quiero porque quiero,  
y quiero porque no espero  
remedio.

ANARDA

¡Válame Dios!

¿Tú quieres?

DIANA

¿No soy mujer?

ANARDA

Sí, pero imagen de yelo  
donde el mismo sol del cielo  
podrá tocar y no arder.

DIANA

Pues esos yelos, Anarda,  
dieron todos a los pies  
de un hombre humilde.

ANARDA

¿Quién es?

DIANA

La vergüenza me acobarda  
que de mi propio valor  
tengo; no diré su nombre.  
Basta que sepas que es hombre  
que puede infamar mi honor.

ANARDA

Si Pasife quiso un toro,  
Semíramis un caballo  
y otras los monstruos que callo  
por no infamar su decoro,

¿qué ofensa te puede hacer  
querer hombre, sea quien fuere?

DIANA

Quien quiere puede, si quiere,  
como quiso, aborrecer.

Esto es lo mejor: yo quiero  
no querer.

ANARDA

¿Podrás?

DIANA

Podré,  
que si cuando quise amé,  
no amar en queriendo espero.

(Toquen dentro.)

¿Quién canta?

ANARDA

Fabio con Clara.

DIANA

Ojalá que me diviertan.

ANARDA

Música y amor conciertan.

Bien en la canción repara.

[VOCES]

(Canten dentro.)

¡Oh, quién pudiera hacer, oh, quién hiciese,  
que en no queriendo amar aborreciese!

¡Oh, quién pudiera hacer, oh, quién hiciera,  
que en no queriendo amor aborreciera!

ANARDA

¿Qué te dice la canción?

¿No ves que te contradice?

DIANA

Bien entiendo lo que dice,  
mas yo sé mi condición,  
y sé que estará en mi mano  
como amar, aborrecer.

ANARDA

Quien tiene tanto poder  
pasa del límite humano.

(TEODORO entre.)

TEODORO

Fabio me ha dicho, señora,  
que le mandaste buscarme.

DIANA

Horas ha que te deseo.

TEODORO

Pues ya vengo a que me mandes,  
y perdona si he faltado.

DIANA

Ya has visto estos dos amantes,  
estos dos mis pretendientes.

TEODORO

Sí, señora.

DIANA

Buenos talles  
tienen los dos.

TEODORO

Y muy buenos.

DIANA

No quiero determinarme

sin tu consejo. ¿Con cuál  
te parece que me case?

TEODORO

Pues ¿qué consejo, señora,  
puedo yo en las cosas darte  
que consisten en tu gusto?  
Cualquiera que quieras darme  
por dueño será el mejor.

DIANA

Mal pagas el estimarte  
por consejero, Teodoro,  
en caso tan importante.

TEODORO

Señora, ¿en casa no hay viejos  
que entienden de casos tales?  
Otavio, tu mayordomo,  
con experiencia lo sabe,  
fuera de su larga edad.

DIANA

Quiero yo que a ti te agrade  
el dueño que has de tener.  
¿Tiene el Marqués mejor talle  
que mi primo?

TEODORO

Sí, señora.

DIANA

Pues elijo al Marqués; parte  
y pídele las albricias.  
(Váyase la CONDESA.)

TEODORO



¿Hay desdicha semejante?  
¿Hay resolución tan breve?  
¿Hay mudanza tan notable?  
¿Estos eran los intentos  
que tuve? ¡Oh sol, abrasadme  
las alas con que subí,  
pues vuestro rayo deshace  
las mal atrevidas plumas  
a la belleza de un ángel!  
Cayó Dïana en su error.  
¡Oh, qué mal hice en fiarme  
de una palabra amorosa!  
¡Ay, cómo entre desiguales  
mal se concierta el amor!  
Pero ¿es mucho que me engañen  
aquellos ojos a mí  
si pudieran ser bastantes  
a hacer engaños a Ulises?  
De nadie puedo quejarme  
sino de mí; pero, en fin,  
¿qué pierdo cuando me falte?  
Haré cuenta que he tenido  
algún accidente grave  
y que mientras me duró  
imaginé disparates.  
No más; despedíos de ser,  
¡oh pensamiento arrogante!,  
conde de Belflor. Volved  
la proa al antigua margen;  
queramos nuestra Marcela;

para vós Marcela baste.  
Señoras busquen señores,  
que amor se engendra de iguales,  
y pues en aire nacistes,  
quedad convertido en aire,  
que donde méritos faltan  
los que piensan subir caen.

(Sale FABIO.)

FABIO

¿Hablaste ya con mi señora?

TEODORO

Ahora,  
Fabio, la hablé, y estoy con gran contento  
porque ya la Condesa, mi señora,  
rinde su condición al casamiento.  
Los dos que viste cada cual la adora,  
mas ella, con su raro entendimiento,  
al Marqués escogió.

FABIO

Discreta ha sido.

TEODORO

Que gane las albricias me ha pedido,  
mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,  
Fabio, a queste provecho. Parte presto  
y pídelas por mí.

FABIO

Si debo amarte  
muestra la obligación en que me has puesto.  
Voy como un rayo, y volveré a buscarte  
satisfecho de ti, contento desto,

y alábase el Marqués, que ha sido empresa  
de gran valor rendirse la Condesa.  
(Váyase FABIO y sale TRISTÁN.)

TRISTÁN

Turbado a buscarte vengo.  
¿Es verdad lo que me han dicho?

TEODORO

¡Ay, Tristán! Verdad será  
si son desengaños míos.

TRISTÁN

Ya, Teodoro, en las dos sillas  
los dos batanes he visto  
que molieron a Dïana,  
pero que hubiese elegido  
hasta agora no lo sé.

TEODORO

Pues, Tristán, agora vino  
ese tornasol mudable,  
esa veleta, ese vidrio,  
ese río junto al mar,  
que vuelve atrás, aunque es río,  
esa Dïana, esa luna,  
esa mujer, ese hechizo,  
ese monstruo de mudanzas  
que solo perderme quiso  
por afrentar sus vitorias,  
y que dijese me dijo  
cuál de los dos me agradaba,  
porque sin consejo mío  
no se pensaba casar.

Quedé muerto, y tan perdido,  
que no responder locuras  
fue de mi locura indicio;  
díjome, en fin, que el Marqués  
le agradaba, y que yo mismo  
fuese a pedir las albricias.

TRISTÁN

¿Ella, en fin, tiene marido?

TEODORO

El marqués Ricardo.

TRISTÁN

Pienso,  
que a no verte sin juicio  
y porque dar aflicción  
no es justo a los afligidos,  
que agora te diera vaya  
de aquel pensamiento altivo  
con que a ser conde aspirabas.

TEODORO

Si aspiré, Tristán, ya espiro.

TRISTÁN

La culpa tienes de todo.

TEODORO

No lo niego, que yo he sido  
fácil en creer los ojos  
de una mujer.

TRISTÁN

Yo te digo  
que no hay vasos de veneno  
a los mortales sentidos,

Teodoro, como los ojos  
de una mujer.

TEODORO

De corrido  
te juro, Tristán, que apenas  
puedo levantar los míos.  
Esto pasó, y el remedio  
es sepultar en olvido  
el suceso y el amor.

TRISTÁN

¡Qué arrepentido y contrito  
has de volver a Marcela!

TEODORO

Presto seremos amigos.

(Sale MARCELA.)

MARCELA

¡Qué mal que finge amor quien no le tiene!  
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año!  
Pues mientras más el pensamiento engaño,  
más atrevido a la memoria viene.  
Pero si es fuerza y al honor conviene,  
remedio suele ser del desengaño  
curar el propio amor amor extraño,  
que no es poco remedio el que entretiene.  
Mas, ¡ay!, que imaginar que puede amarse  
en medio de otro amor es atreverse  
a dar mayor venganza por vengarse.  
Mejor es esperar que no perderse,  
que suele alguna vez, pensando helarse,  
amor con los remedios encenderse.

TEODORO

¿Marcela?

MARCELA

¿Quién es?

TEODORO

Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA

Y tan olvidada estoy  
que a no imaginar en ti  
fuera de mí misma voy,  
porque si en mí misma fuera,  
te imaginara y te viera,  
que, para no imaginarte,  
tengo el alma en otra parte,  
aunque olvidarte no quiera.

¿Cómo me osaste nombrar?

¿Cómo cupo en esa boca  
mi nombre?

TEODORO

Quise probar  
tu firmeza, y es tan poca  
que no me ha dado lugar.  
Ya dicen que se empleó  
tu cuidado en un sujeto  
que mi amor sustituyó.

MARCELA

Nunca, Teodoro, el discreto  
mujer ni vidrio probó.

Mas no me des a entender

que prueba quisiste hacer;  
yo te conozco, Teodoro,  
unos pensamientos de oro  
te hicieron enloquecer.  
¿Cómo te va? ¿No te salen  
como tú los imaginas?  
¿No te cuestan lo que valen?  
¿No hay dichas que las divinas  
partes de tu dueño igualen?  
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?  
Turbado, Teodoro, vienes.  
¿Mudose aquel vendaval?  
¿Vuelves a buscar tu igual,  
o te burlas y entretienes?  
Confieso que me holgaría  
que dieses a mi esperanza,  
Teodoro, un alegre día.

TEODORO

Si le quieres con venganza,  
¿qué mayor, Marcela mía?  
Pero mira que el amor  
es hijo de la nobleza;  
no muestres tanto rigor,  
que es la venganza bajeza  
indigna del vencedor.  
Venciste; yo vuelvo a ti,  
Marcela, que no salí  
con aquel mi pensamiento.  
Perdona el atrevimiento  
si ha quedado amor en ti,

no porque no puede ser  
proseguir las esperanzas  
con que te pude ofender,  
mas porque en estas mudanzas  
memorias me hacen volver.  
Sean, pues, estas memorias  
parte a despertar la tuya,  
pues confieso tus vitorias.

MARCELA

No quiera Dios que destruya  
los principios de tus glorias.  
Sirve, bien haces; porfía,  
no te rindas, que dirá  
tu dueño que es cobardía.  
Sigue tu dicha, que ya  
voy prosiguiendo la mía.  
No es agravio amar a Fabio  
pues me dejaste, Teodoro,  
sino el remedio más sabio,  
que aunque el dueño no mejoro  
basta vengar el agravio.  
Y quédate a Dios, que ya  
me cansa el hablar contigo,  
no venga Fabio, que está  
medio casado conmigo.

TEODORO

Tenla, Tristán, que se va.

TRISTÁN

Señora, señora, advierte  
que no es volver a quererte



dejar de haberte querido:  
disculpa el buscarte ha sido,  
si ha sido culpa ofenderte.

Óyeme, Marcela, a mí.

MARCELA

¿Qué quieres, Tristán?

TRISTÁN

Espera.

(Salen la CONDESA y ANARDA.)

DIANA

¿Teodoro y Marcela aquí?

ANARDA

Parece que el ver te altera  
que estos dos se hablen así.

DIANA

Toma, Anarda, esta antepuerta,  
y cubrámonos las dos.

([Aparte.]

Amor con celos despierta.)

MARCELA

¡Déjame, Tristán, por Dios!

ANARDA

Tristán a los dos concierta,  
que deben de estar reñidos.

DIANA

El alcahuete lacayo  
me ha quitado los sentidos.

TRISTÁN

No pasó más presto el rayo  
que por sus ojos y oídos

pasó la necia belleza  
desa mujer que le adora.  
Ya desprecia su riqueza,  
que más riqueza atesora  
tu gallarda gentileza.  
Haz cuenta que fue cometa  
aquel amor. Ven acá,  
Teodoro.

DIANA

¡Brava estafeta  
es el lacayo!

TEODORO

Si ya  
Marcela, a Fabio sujeta,  
dice que le tiene amor,  
¿por qué me llamas, Tristán?

TRISTÁN

Otro enojado.

TEODORO

Mejor  
los dos casarse podrán.

TRISTÁN

¿Tú también? ¡Bravo rigor!  
Ea, acaba; llega, pues;  
dame esa mano y después  
que se hagan las amistades.

TEODORO

Necio, ¿tú me persuades?

TRISTÁN

Por mí quiero que le des

la mano esta vez, señora.

TEODORO

¿Cuándo he dicho yo a Marcela  
que he tenido a nadie amor?

Y ella me ha dicho...

TRISTÁN

Es cautela  
para vengar tu rigor.

MARCELA

No es cautela, que es verdad.

TRISTÁN

¡Calla, boba! Ea, llegad.  
¡Qué necios estáis los dos!

TEODORO

Yo rogaba; mas, por Dios,  
que no he de hacer amistad.

MARCELA

Pues a mí me pase un rayo.

TRISTÁN

No jures.

MARCELA

Aunque le nuestro  
enojo, ya me desmayo.

TRISTÁN

Pues tente firme.

DIANA

¡Qué diestro  
está el bellaco lacayo!

MARCELA

Déjame, Tristán, que tengo

que hacer.

TEODORO

Déjala, Tristán.

TRISTÁN

Por mí, vaya.

TEODORO

¡Tenla!

MARCELA

¡Vengo,

mi amor!

TRISTÁN

¿Cómo no se van

ya? Que a ninguno detengo.

MARCELA

¡Ay, mi bien! No puedo irme.

TEODORO

Ni yo, porque no es tan firme

ninguna roca en la mar.

MARCELA

Los brazos te quiero dar.

TEODORO

Y yo a los tuyos asirme.

TRISTÁN

Si yo no era menester,

¿por qué me hicistes cansar?

ANARDA

¿Desto gustas?

DIANA

Vengo a ver

lo poco que hay que fiar

de un hombre y una mujer.

TEODORO

¡Ay! ¡Qué me has dicho de afrentas!

TRISTÁN

Yo he caído ya con veros  
juntar las almas contentas,  
que es desgracia de terceros  
no se concertar las ventas.

MARCELA

Si te trocare, mi bien,  
por Fabio ni por el mundo,  
que tus agravios me den  
la muerte.

TEODORO

Hoy de nuevo fundo,  
Marcela, mi amor también,  
y si te olvidare digo  
que me dé el cielo en castigo  
el verte en brazos de Fabio.

MARCELA

¿Quieres deshacer mi agravio?

TEODORO

¿Qué no haré por ti y contigo?

MARCELA

Di que todas las mujeres  
son feas.

TEODORO

Contigo es claro.  
Mira qué otra cosa quieres.

MARCELA

En ciertos celos reparo,  
ya que tan mi amigo eres,  
que no importa que esté aquí  
Tristán.

TRISTÁN

Bien podéis por mí,  
aunque de mí mismo sea.

MARCELA

Di que la Condesa es fea.

TEODORO

Y un demonio para mí.

MARCELA

¿No es necia?

TEODORO

Por todo extremo.

MARCELA

¿No es bachillera?

TEODORO

Es cuitada.

DIANA

Quiero estorbarlos, que temo  
que no reparen en nada,  
y aunque me yelo, me quemo.

ANARDA

¡Ay, señora, no hagas tal!

TRISTÁN

Cuando queráis decir mal  
de la Condesa y su talle,  
a mí me oíd.

DIANA

¿Escuchalle  
podré desvergüenza igual?

TRISTÁN

Lo primero...

DIANA

Yo no aguardo  
a lo segundo, que fuera  
necedad.

MARCELA

Voyme, Teodoro.

(Váyase con una reverencia MARCELA.)

TRISTÁN

¡La Condesa!

TEODORO

¡La Condesa!

DIANA

Teodoro.

TEODORO

Señora, advierte...

TRISTÁN

[Aparte.]

El cielo a tronar comienza;  
no pienso aguardar los rayos.

(Vase TRISTÁN.)

DIANA

Anarda, un bufete llega;  
escribírame Teodoro  
una carta de su letra,  
pero notándola yo.

TEODORO

[Aparte.]

Todo el corazón me tiembla.

¡Si oyó lo que hablado habemos!

DIANA

[Aparte.]

Bravamente amor despierta

con los celos a los ojos.

¡Que aqueste amase a Marcela

y que yo no tenga partes

para que también me quiera!

¡Que se burlasen de mí!

TEODORO

[Aparte.]

Ella murmura y se queja.

Bien digo yo que en palacio,

para que a callar aprenda,

tapices tienen oídos

y paredes tienen lenguas.

(Sale ANARDA con un bufetillo pequeño y recado de escribir.)

ANARDA

Este pequeño he traído

y tu escribanía.

DIANA

Llega,

Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO

[Aparte.]

Hoy me mata o me destierra.

DIANA

Escribe.



TEODORO

Di.

DIANA

No estás bien

con la rodilla en la tierra.

Ponle, Anarda, una almohada.

TEODORO

Yo estoy bien.

DIANA

Pónsela, necia.

TEODORO

([Aparte.]

No me agrada este favor

sobre enojos y sospechas,

que quien honra las rodillas

cortar quiere la cabeza.)

Yo aguardo.

DIANA

Yo digo así.

TEODORO

[Aparte.]

Mil cruces hacer quisiera.

(Siéntese la CONDESA en una silla alta.)

(Ella diga y él vaya escribiendo.)

DIANA

«Cuando una mujer principal se ha declarado con un hombre humilde, es lo mucho el término de volver a hablar con otra, mas quien no estima su fortuna, quédese para necio.»

TEODORO

¿No dices más?

DIANA

Pues ¿qué más?

El papel, Teodoro, cierra.

ANARDA

[Aparte a DIANA.]

¿Qué es esto que haces, señora?

DIANA

Necesades de amor llenas.

ANARDA

Pues ¿a quién tienes amor?

DIANA

¿Aún no le conoces, bestia?

Pues yo sé que le murmuran  
de mi casa hasta las piedras.

TEODORO

Ya el papel está cerrado.

Solo el sobrescrito resta.

DIANA

Pon, Teodoro, para ti,  
y no lo entienda Marcela,  
que quizá le entenderás  
cuando de espacio le leas.

(Váyanse y quede solo, y entre MARCELA.)

TEODORO

¿Hay confusión tan extraña?  
¡Que aquesta mujer me quiera  
con pausas como sangría  
y que tenga intercadencias  
el pulso de amor tan grandes!

MARCELA

¿Qué te ha dicho la Condesa,  
mi bien? Que he estado temblando  
detrás de aquella antepuerta.

TEODORO

Díjome que te quería  
casar con Fabio, Marcela,  
y este papel que escribí  
es que despacha a su tierra  
por los dineros del dote.

MARCELA

¿Qué dices?

TEODORO

Solo que sea  
para bien y, pues te casas,  
que de burlas ni de veras  
tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA

Oye.

TEODORO

Es tarde para quejas.

(Váyase.)

MARCELA

No, no puedo yo creer  
que aquesta la ocasión sea.  
Favores de aquesta loca  
le han hecho dar esta vuelta,  
que él está como arcaduz,  
que cuando baja le llena  
del agua de su favor  
y cuando sube le mengua.

¡Ay de mí, Teodoro ingrato,  
que luego que su grandeza  
te toca al arma me olvidas!  
Cuando te quiere me dejas,  
cuando te deja me quieres,  
¿quién ha de tener paciencia?  
(Salen el MARQUÉS y FABIO.)

RICARDO

No pude, Fabio, detenerme un hora.  
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO

Dile presto, Marcela, a mi señora  
que está el Marqués aquí.

MARCELA

Celos tiranos,  
celos crüeles, ¿qué queréis agora  
tras tantos locos pensamientos vanos?

FABIO

¿No vas?

MARCELA

Ya voy.

FABIO

Pues dile que ha venido  
nuestro nuevo señor y su marido.

(Vase MARCELA.)

RICARDO

Id, Fabio, a mi posada, que mañana  
os daré mil escudos y un caballo  
de la casta mejor napolitana.

FABIO

Sabré, si no servillo, celebrallo.

RICARDO

Este es principio solo, que Diana  
os tiene por criado y por vasallo  
y yo por solo amigo.

FABIO

Esos pies beso.

RICARDO

No pago así; la obligación confieso.

(Sale la CONDESA.)

DIANA

¿Vuseñoría aquí?

RICARDO

Pues ¿no era justo  
si me enviáis con Fabio tal recado,  
y que después de aquel mortal disgusto  
me elegís por marido y por criado?  
Dadme esos pies, que de manera el gusto  
de ver mi amor en tan dichoso estado  
me vuelve loco, que le tengo en poco  
si me contento con volverme loco.  
¿Cuándo pensé, señora, mereceros  
ni llegar a más bien que desearos?

DIANA

No acierto, aunque lo intento, a responderos.

¿Yo he enviado a llamaros o es burlaros?

RICARDO

Fabio, ¿qué es esto?

FABIO

¿Pude yo traeros

sin ocasión agora, ni llamaros  
menos que de Teodoro prevenido?

DIANA

Señor Marqués, Teodoro culpa ha sido.  
Oyome anteponer a Federico  
vuestra persona, con ser primo hermano  
y caballero generoso y rico,  
y presumió que os daba ya la mano.  
A vuestra señoría le suplico  
perdone aquestos necios.

RICARDO

Fuera en vano  
dar a Fabio perdón, si no estuviera  
a donde vuestra imagen le valiera.  
Bésoos los pies por el favor y espero  
que ha de vencer mi amor esta porfía.  
(Váyase el MARQUÉS.)

DIANA

¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO

¿Por qué me culpa a mí vuseñoría?

DIANA

Llamad luego a Teodoro. ¡Qué ligero  
este cansado pretensor venía  
cuando me matan celos de Teodoro!

FABIO

Perdí el caballo y mil escudos de oro.  
(Váyase FABIO y quede la CONDESA sola.)

DIANA

¿Qué me quieres amor? ¿Ya no tenía

olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?

Pero responderás que tú no eres,  
sino tu sombra, que detrás venía.

¡Oh, celos!, ¿qué no hará vuestra porfía?

Malos letrados sois con las mujeres,  
pues jamás os pidieron pareceres  
que pudiese el honor guardarse un día.

Yo quiero a un hombre bien, mas se me acuerda  
que yo soy mar, y que es humilde barco,  
y que es contra razón que el mar se pierda.

En gran peligro, amor, el alma embarco,  
mas si tanto el honor tira la cuerda,  
por Dios que temo que se rompa el arco.

(Salen TEODORO y FABIO.)

FABIO

Pensó matarme el Marqués,  
pero, la verdad diciendo,  
más sentí los mil escudos.

TEODORO

Yo quiero darte un consejo.

FABIO

¿Cómo?

TEODORO

El conde Federico  
estaba perdiendo el seso  
porque el Marqués se casaba.  
Parte y di que el casamiento  
se ha deshecho, y te dará  
esos mil escudos luego.

FABIO

Voy como un rayo.

TEODORO

Camina.

[A DIANA.]

¿Llamábasme?

DIANA

Bien ha hecho

ese necio en irse agora.

TEODORO

Un hora he estado leyendo

tu papel y, bien mirado,

señora, tu pensamiento,

hallo que mi cobardía

procede de tu respeto,

pero que ya soy culpado

en tenerle, como necio,

a tus muchas diligencias,

y así, a decir me resuelvo

que te quiero, y que es disculpa

que con respeto te quiero.

Temblando estoy, no te espantes.

DIANA

Teodoro, yo te lo creo.

¿Por qué no me has de querer

si soy tu señora y tengo

tu voluntad obligada,

pues te estimo y favorezco

más que a los otros criados?

TEODORO

Ese lenguaje no entiendo.



DIANA

No hay más que entender, Teodoro,  
ni pasar el pensamiento  
un átomo desta raya.

Enfrena cualquier deseo,  
que de una mujer, Teodoro,  
tan principal, y más siendo  
tus méritos tan humildes,  
basta un favor muy pequeño  
para que toda la vida  
vivas honrado y contento.

TEODORO

Cierto que vuseñoría,  
perdóneme si me atrevo,  
tiene en el jüicio a veces,  
que no en el entendimiento,  
mil lúcidos intervalos.  
¿Para qué puede ser bueno  
haberme dado esperanzas  
que en tal estado me han puesto?  
Pues del peso de mis dichas  
caí, como sabe, enfermo  
casi un mes en una cama  
luego que tratamos desto.  
Si cuando vee que me enfrío  
se abrasa de vivo fuego,  
y cuando vee que me abraso  
se yela de puro yelo,  
dejárame con Marcela.  
Mas viénele bien el cuento

del perro del hortelano:  
no quiere, abrasada en celos,  
que me case con Marcela  
y, en viendo que no la quiero,  
vuelve a quitarme el juicio  
y a despertarme si duermo.  
Pues coma o deje comer,  
porque yo no me sustento  
de esperanzas tan cansadas,  
que si no, desde aquí vuelvo  
a querer donde me quieren.

DIANA

Eso no, Teodoro, advierto  
que Marcela no ha de ser.  
En otro cualquier sujeto  
pon los ojos, que en Marcela  
no hay remedio.

TEODORO

¿No hay remedio?  
Pues ¿quiere vuseñoría  
que si me quiere y la quiero  
han de aprobar voluntades?  
¿Tengo yo de tener puesto  
a donde no tengo gusto  
mi gusto por el ajeno?  
Yo adoro a Marcela, y ella  
me adora, y es muy honesto  
este amor.

DIANA

¡Pícaro infame!

¡Haré yo que os maten luego!

TEODORO

¿Qué hace vuseñoría?

DIANA

Daros por sucio y grosero  
estos bofetones.

(Salen FABIO y el CONDE FEDERICO.)

FABIO

Tente.

FEDERICO

Bien dices, Fabio, no entremos.

Pero mejor es llegar.

Señora mía, ¿qué es esto?

DIANA

No es nada; enojos que pasan  
entre criados y dueños.

FEDERICO

¿Quiere vuestra señoría  
alguna cosa?

DIANA

No quiero  
más de hablaros en las mías.

FEDERICO

Quisiera venir a tiempo  
que os hallara con más gusto.

DIANA

Gusto, Federico, tengo,  
que aquestas son niñerías.  
Entrad y sabréis mi intento  
en lo que toca al Marqués.

(Váyase DIANA.)

FEDERICO

(Aparte.)

Fabio.

FABIO

¿Señor?

FEDERICO

Yo sospecho

que en estos disgustos hay  
algunos gustos secretos.

FABIO

No sé, por Dios; admirado  
de ver, señor Conde, quedo  
tratar tan mal a Teodoro,  
cosa que jamás ha hecho  
la Condesa, mi señora.

FEDERICO

Bañole de sangre el lienzo.

(Váyanse FEDERICO y FABIO.)

TEODORO

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres,  
amor, que tengan desatinos tales?

Si así quieren mujeres principales,  
furias las llamo yo, que no mujeres.

Si la grandeza escusa los placeres  
que iguales pueden ser en desiguales,  
¿por qué, enemiga, de crueldad te vales  
y por matar a quien adoras mueres?

¡Oh mano poderosa de matarme!

¡Quién te besara entonces, mano hermosa,

agradecido al dulce castigarme!  
No te esperaba yo tan rigurosa,  
pero si me castigas por tocarme,  
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN

Siempre tengo de venir  
acabados los sucesos.  
Parezco espada cobarde.

TEODORO

¡Ay, Tristán!

TRISTÁN

Señor, ¿qué es esto?  
¿Sangre en el lienzo?

TEODORO

Con sangre  
quiere amor que de los celos  
entre la letra.

TRISTÁN

Por Dios  
que han sido celos muy necios.

TEODORO

No te espantes, que está loca  
de un amoroso deseo,  
y como el ejecutarle  
tiene su honor por desprecio,  
quiere deshacer mi rostro,  
porque es mi rostro el espejo  
adonde mira su honor,  
y véngase en verle feo.

TRISTÁN

Señor, que Juana o Lucía  
cierren conmigo por celos  
y me rompan con las uñas  
el cuello que ellas me dieron,  
que me repelen y arañen  
sobre averiguar por cierto  
que les hice un peso falso,  
vaya: es gente de pandero,  
de media de cordellate  
y de zapato fraileSCO,  
pero que tan gran señora  
se pierda tanto el respeto  
a sí misma es vil acción.

TEODORO

No sé, Tristán; pierdo el seso  
de ver que me está adorando  
y que me aborrece luego.

No quiere que sea suyo  
ni de Marcela, y si dejo  
de mirarla, luego busca  
para hablarme algún enredo.

No dudes; naturalmente,  
es del hortelano el perro:  
ni come ni comer deja,  
ni está fuera ni está dentro.

TRISTÁN

Contáronme que un doctor,  
catredático y maestro,  
tenía un ama y un mozo

que siempre andaban riñendo;  
reñían a la comida,  
a la cena y hasta el sueño  
le quitaban con sus voces,  
que estudiar no había remedio.  
Estando en lición un día,  
fuele forzoso corriendo  
volver a casa y, entrando  
de improviso en su aposento,  
vio el ama y mozo acostados  
con amorosos requiebros,  
y dijo: «¡Gracias a Dios  
que una vez en paz os veo!»,  
y esto imagino de entrambos,  
aunque siempre andáis riñendo.

(Sale la CONDESA.)

DIANA

Teodoro.

TEODORO

¿Señora?

TRISTÁN

[Aparte.]

¿Es duende  
esta mujer?

DIANA

Solo vengo  
a saber cómo te hallas.

TEODORO

¿Ya no lo ves?

DIANA

¿Estás bueno?

TEODORO

Bueno estoy.

DIANA

¿Y no dirás:

«A tu servicio»?

TEODORO

No puedo

estar mucho en tu servicio

siendo tal el tratamiento.

DIANA

¡Qué poco sabes!

TEODORO

Tan poco

que te siento y no te entiendo,

pues no entiendo tus palabras

y tus bofetones siento.

Si no te quiero, te enfadas,

y enójaste si te quiero;

escribeme si me olvido,

y si me acuerdo, te ofendo;

pretendes que yo te entienda,

y si te entiendo, soy necio.

Mátame o dame la vida:

da un medio a tantos extremos.

DIANA

¿Hícete sangre?

TEODORO

Pues no.

DIANA



¿Adónde tienes el lienzo?

TEODORO

Aquí.

DIANA

Muestra.

TEODORO

¿Para qué?

DIANA

Para mí esta sangre quiero.

Habla a Otavio, a quien agora

mandé que te diese luego

dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO

¿Para qué?

DIANA

Para hacer lienzos.

(Váyase la CONDESA.)

TEODORO

¿Hay disparates iguales?

TRISTÁN

¿Qué encantamientos son estos?

TEODORO

Dos mil escudos me ha dado.

TRISTÁN

Bien puedes tomar al precio

otros cuatro bofetones.

TEODORO

Dice que son para lienzos

y llevó el mío con sangre.

TRISTÁN

Pagó la sangre y te ha hecho  
doncella por las narices.

TEODORO

No anda mal agora el perro,  
pues después que muerde halaga.

TRISTÁN

Todos aquestos estremos  
han de parar en el ama  
del doctor.

TEODORO

¡Quiéralo el cielo!

\*\*\*\*\*

### ACTO III

(Salen FEDERICO y RICARDO.)

RICARDO

¿Esto vistes?

FEDERICO

Esto vi.

RICARDO

¿Y que le dio bofetones?

FEDERICO

El servir tiene ocasiones,  
mas no lo son para mí,  
que el poner una mujer  
de aquellas prendas la mano  
al rostro de un hombre es llano:  
¿qué otra ocasión puede haber?

Y bien veis que lo acredita  
el andar tan mejorado.

RICARDO

Ella es mujer, y él criado.

FEDERICO

Su perdición solicita  
la fábula que pintó  
el filósofo moral  
de las dos ollas. ¡Qué igual  
hoy a los dos la vistió!  
Era de barro la una,  
la otra de cobre o hierro,  
que un río a los pies de un cerro  
llevó con varia fortuna;  
desvióse la de barro  
de la de cobre, temiendo  
que la quebrase, y yo entiendo  
pensamiento tan bizarro  
del hombre y de la mujer,  
hierro y barro; y no me espanto,  
pues acercándose tanto  
por fuerza se han de romper.

RICARDO

La altivez y bizarría  
de Diana me admiró,  
y bien puede ser que yo  
viese y no viese aquel día.  
Mas ver caballos y pajes  
en Teodoro, y tantas galas,  
¿qué son, sino nuevas alas?

Pues criados, oro y trajes  
no los tuviera Teodoro  
sin ocasión tan notable.

FEDERICO

Antes que desto se hable  
en Nápoles y el decoro  
de vuestra sangre se ofenda,  
sea o no sea verdad,  
ha de morir.

RICARDO

Y es piedad  
matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO

¿Podrá ser?

RICARDO

Bien puede ser,  
que hay en Nápoles quien vive  
de eso, y en oro recibe  
lo que en sangre ha de volver.  
No hay más de buscar un bravo  
y que le despache luego.

FEDERICO

Por la brevedad os ruego.

RICARDO

Hoy tendrá su justo pago  
semejante atrevimiento.

FEDERICO

¿Son bravos estos?

RICARDO

Sin duda.

FEDERICO

El cielo ofendido ayuda  
vuestro justo pensamiento.

(Salen FURIO, ANTONELLO y LIRANO, lacayos, y TRISTÁN, vestido de nuevo.)

FURIO

Pagar tenéis el vino en alboroque  
del famoso vestido que os han dado.

ANTONELO

Eso bien sabe el buen Tristán que es justo.

TRISTÁN

Digo, señores, que de hacerlo gusto.

LIRANO

¡Bravo salió el vestido!

TRISTÁN

Todo aquesto  
es cosa de chacota y zarandajas  
respeto del lugar que tendré presto:  
si no muda los bolos la Fortuna,  
secretario he de ser del secretario.

LIRANO

Mucha merced le hace la Condesa  
a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN

Es su privanza,  
es su mano derecha y es la puerta  
por donde se entra a su favor.

ANTONELO

Dejemos  
favores y fortunas, y bebamos.

FURIO

En este tabernáculo sospecho  
que hay lágrima famosa y malvasía.

TRISTÁN

Probemos vino greco, que deseo  
hablar en griego y con beberlo basta.

RICARDO

Aquel moreno del color quebrado  
me parece el más bravo, pues que todos  
le estiman, hablan y hacen cortesía.

Celio.

CELIO

¿Señor?

RICARDO

De aquellos gentiles hombres  
llama al descolorido.

CELIO

[A TRISTÁN.]

¡Ah, caballero!

Antes que se entre en esa santa ermita  
el Marqués, mi señor, hablarle quiere.

TRISTÁN

Camaradas, allí me llama un príncipe;  
no puedo rehusar el ver qué manda.

Entren y tomen siete o ocho azumbres  
y aperciban dos dedos de formache  
en tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO

Pues despachad aprisa.

TRISTÁN

Iré volando.

[Al MARQUÉS.]

¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO

El veros entre tanta valentía  
nos ha obligado al conde Federico  
y a mí para saber si seréis hombre  
para matar un hombre.

TRISTÁN

[Aparte.]

¡Vive el cielo  
que son los pretendientes de mi ama  
y que hay algún enredo! Fingir quiero.

FEDERICO

¿No respondéis?

TRISTÁN

Estaba imaginando  
si vuestra señoría está burlando  
de nuestro modo de vivir. ¡Pues vive  
el que reparte fuerzas a los hombres,  
que no hay en toda Nápoles espada  
que no tiemble de solo el nombre mío!  
¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor  
a donde está mi furibundo brazo,  
que si él lo fue de Troya, yo de Italia.

FEDERICO

Este es, Marqués, el hombre que buscamos.  
Por vida de los dos que no burlamos,  
sino que si tenéis conforme al nombre  
el ánimo y queréis matar un hombre,

que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN

Con docientos escudos me contento,  
y sea el diablo.

RICARDO

Yo os daré trecientos,  
y despachalde aquesta noche.

TRISTÁN

El nombre  
del hombre espero, y parte del dinero.

RICARDO

¿Conocéis a Diana, la condesa  
de Belflor?

TRISTÁN

Y en su casa tengo amigos.

RICARDO

¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTÁN

Mataré los criados y criadas  
y los mismos frisones de su coche.

RICARDO

Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.

TRISTÁN

Eso ha de ser, señores, de otra suerte,  
porque Teodoro, como yo he sabido,  
no sale ya de noche, temeroso,  
por ventura, de haberos ofendido;  
que le sirva estos días me han pedido.  
Dejádmele servir, y yo os ofrezco  
de darle alguna noche dos mojadas



con que el pobrete in pace requiescat  
y yo quede seguro y sin sospecha.

¿Es algo lo que digo?

FEDERICO

No pudiera

hallarse en toda Nápoles un hombre  
que tan seguramente le matara.

Servilde pues y, así, al descuido un día  
pegalde, y acudid a nuestra casa.

TRISTÁN

Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO

Cincuenta tengo en esta bolsa; luego  
que yo os vea en su casa de Dïana,  
os ofrezco los ciento, y muchos cientos.

TRISTÁN

Eso de muchos cientos no me agrada.

Vayan vuseñorías en buen hora,  
que me aguardan Mastranzo, Rompemuros,  
Mano de Hierro, Arfuz y Espantadiablos,  
y no quiero que acaso piensen algo.

RICARDO

Decís muy bien, adiós.

FEDERICO

¡Qué gran ventura!

RICARDO

A Teodoro contalde por difunto.

FEDERICO

El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

(Váyanse FEDERICO, RICARDO y CELIO.)

TRISTÁN

Avisar a Teodoro me conviene;  
perdone el vino greco y los amigos.  
A casa voy, que está de aquí muy lejos.  
Mas este me parece que es Teodoro.

(Sale TEODORO.)

Señor ¿adónde vas?

TEODORO

Lo mismo ignoro,  
porque de suerte estoy, Tristán amigo,  
que no sé dónde voy ni quién me lleva.  
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,  
que al sol me dice que la vista atreva.  
¿Ves cuánto ayer Dīana habló conmigo?  
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva  
que apenas juraras que me conoce,  
porque Marcela de mi mal se goce.

TRISTÁN

Vuelve hacia casa, que a los dos importa  
que no nos vean juntos.

TEODORO

¿De qué suerte?

TRISTÁN

Por el camino te diré quién corta  
los pasos dirigidos a tu muerte.

TEODORO

¿Mi muerte? Pues ¿por qué?

TRISTÁN

La voz reporta  
y la ocasión de tu remedio advierte:

Ricardo y Federico me han hablado  
y que te dé la muerte concertado.

TEODORO

¿Ellos a mí?

TRISTÁN

Por ciertos bofetones  
el amor de tu dueño conjeturan,  
y pensando que soy de los leones  
que a tales homicidios se aventuran,  
tu vida me han trocado a cien doblones  
y con cincuenta escudos me aseguran.  
Yo dije que un amigo me pedía  
que te sirviese, y que hoy te serviría  
donde más fácilmente te matase,  
a efeto de guardarte desta suerte.

TEODORO

¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase  
la vida y me sacase desta muerte!

TRISTÁN

¿Tan loco estás?

TEODORO

¿No quieres que me abrase  
por tan dulce ocasión, Tristán? Advierte  
que si Diana algún camino hallara  
de disculpa, conmigo se casara.  
Teme su honor, y cuando más se abrasa  
se yela y me desprecia.

TRISTÁN

Si te diese  
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO

Que a ti se pasa  
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN

Si fuese  
tan ingenioso que a tu misma casa  
un generoso padre te trajese  
con que fueses igual a la Condesa,  
¿no saldrías, señor, con esta empresa?

TEODORO

Eso es sin duda.

TRISTÁN

El conde Ludovico,  
caballero ya viejo, habrá veinte años  
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,  
que era sobrino de su gran maestro;  
cautiváronle moros de Biserta  
y nunca supo dél muerto ni vivo.  
Este ha de ser tu padre y tú su hijo,  
y yo lo he de trazar.

TEODORO

Tristán, advierte  
que puedes levantar alguna cosa  
que nos cueste a los dos la honra y vida.

TRISTÁN

A casa hemos llegado. A Dios te queda,  
que tú serás marido de Dïana  
antes que den las doce de mañana.

(Váyase TRISTÁN.)

TEODORO

Bien al contrario pienso yo dar medio  
a tanto mal, pues el amor bien sabe  
que no tiene enemigo que le acabe  
con más facilidad que tierra en medio.  
Tierra quiero poner, pues que remedio  
con ausentarme, amor, rigor tan grave,  
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe  
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.  
Todos los que llegaron a este punto,  
poniendo tierra en medio te olvidaron,  
que en tierra, al fin, le resolvieron junto.  
Y la razón que de olvidar hallaron  
es que amor se confiesa por difunto,  
pues que con tierra en medio le enterraron.

(Sale la CONDESA.)

DIANA

¿Estás ya más mejorado  
de tus tristezas, Teodoro?

TEODORO

Si en mis tristezas adoro,  
sabré estimar mi cuidado.  
No quiero yo mejorar  
de la enfermedad que tengo,  
pues solo a estar triste vengo  
cuando imagino sanar.  
¡Bien hayan males que son  
tan dulces para sufrir,  
que se vee un hombre morir,  
y estima su perdición!  
Solo me pesa que ya

esté mi mal en estado,  
que he de alejar mi cuidado  
de donde su dueño está.

DIANA

¿Ausentarte? Pues ¿por qué?

TEODORO

Quiérenme matar.

DIANA

Sí harán.

TEODORO

Envidia a mi mal tendrán,  
que bien al principio fue.  
Con esta ocasión te pido  
licencia para irme a España.

DIANA

Será generosa hazaña  
de un hombre tan entendido,  
que con eso quitarás  
la ocasión de tus enojos  
y, aunque des agua a mis ojos,  
honra a mi casa darás,  
que desde aquel bofetón  
Federico me ha tratado  
como celoso, y me ha dado  
para dejarte ocasión.  
Vete a España, que yo haré  
que te den seis mil escudos.

TEODORO

Haré tus contrarios mudos  
con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA

Anda, Teodoro, no más.

Déjame, que soy mujer.

TEODORO

Llora, mas ¿qué puedo hacer?

DIANA

En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO

Sí, señora.

DIANA

Espera... Vete...

Oye...

TEODORO

¿Qué mandas?

DIANA

No, nada.

Vete.

TEODORO

Voyme.

DIANA

Estoy turbada.

¿Hay tormento que inquiete  
como una pasión de amor?

¿No eres ido?

TEODORO

Ya, señora,

me voy.

DIANA

¡Buena quedo agora!

(Vase TEODORO.)

¡Maldígate Dios, honor!  
Temeraria invención fuiste,  
tan opuesta al propio gusto.  
¿Quién te inventó? Mas fue justo,  
pues que tu freno resiste  
tantas cosas tan mal hechas.  
(Sale TEODORO.)

TEODORO

Vuelvo a saber si hoy podré  
partirme.

DIANA

Ni yo lo sé  
ni tú, Teodoro, sospechas  
que me pesa de mirarte,  
pues que te vuelves aquí.

TEODORO

Señora, vuelvo por mí,  
que no estoy en otra parte,  
y como me he de llevar,  
vengo para que me des  
a mí mismo.

DIANA

Si después  
te has de volver a buscar,  
no me pidas que te dé.  
Pero vete, que el amor  
lucha con mi noble honor  
y vienes tú a ser traspíe.  
Vete, Teodoro, de aquí,  
no te pidas, aunque puedas,



que yo sé que si te quedas  
allá me llevas a mí.

TEODORO

Quede vuestra señoría  
con Dios.

DIANA

¡Maldita ella sea,  
pues me quita que yo sea  
de quien el alma quería!

(Váyase [TEODORO].)

¡Buena quedo ya sin quien  
era luz de aquestos ojos!

Pero sientan sus enojos:

quien mira mal, llore bien.

Ojos, pues os habéis puesto

en cosa tan desigual,

pagad el mirar tan mal,

que no soy la culpa desto;

mas no lloren, que también

tiempla el mal llorar los ojos,

pero sientan sus enojos:

quien mira mal, llore bien.

Aunque tendrán ya pensada

la disculpa para todo,

que el sol los pone en el lodo

y no se le pega nada,

luego bien es que no den

en llorar; cesad, mis ojos,

pero sientan sus enojos:

quien mira mal, llore bien.

(Sale MARCELA.)

MARCELA

Si puede la confianza  
de los años de servirte  
humildemente pedirte  
lo que justamente alcanza,  
a la mano te ha venido  
la ocasión de mi remedio  
y, poniendo tierra en medio,  
no verme si te he ofendido.

DIANA

¿De tu remedio, Marcela?  
¿Cuál ocasión? Que aquí estoy.

MARCELA

Dicen que se parte hoy,  
por peligros que recela,  
Teodoro a España, y con él  
puedes, casada, enviarme,  
pues no verme es remediarme.

DIANA

¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA

Pues ¿pidiérate yo a ti  
sin tener satisfacción  
remedio en esta ocasión?

DIANA

¿Hasle hablado?

MARCELA

Y él a mí,  
pidiéndome lo que digo.

DIANA

[Aparte.]

¡Qué a propósito me viene  
esta desdicha!

MARCELA

Ya tiene  
tratado a questo conmigo  
y el modo con que podemos  
ir con más comodidad.

DIANA

[Aparte.]

¡Ay, necio honor!, perdonad,  
que amor quiere hacer estremos.  
Pero no será razón,  
pues que podéis remediar  
fácilmente este pesar.

MARCELA

¿No tomas resolución?

DIANA

No podré vivir sin ti,  
Marcela, y haces agravio  
a mi amor, y aun al de Fabio,  
que sé yo que adora en ti.  
Yo te casaré con él;  
deja partir a Teodoro.

MARCELA

A Fabio aborrezco; adoro  
a Teodoro.

DIANA

([Aparte.]

¡Qué crüel

ocasión de declararme!

Mas teneos, loco amor.)

Fabio te estará mejor.

MARCELA

Señora...

DIANA

No hay replicarme.

(Váyase.)

MARCELA

¿Qué intentan imposibles mis sentidos

contra tanto poder determinados?

Que celos poderosos declarados

harán un desatino resistidos.

Volved, volved atrás, pasos perdidos,

que corréis a mi fin precipitados.

Árboles son amores desdichados

a quien el yelo marchitó floridos.

Alegraron el alma las colores

que el tirano dolor cubrió de luto,

que yela ajeno amor muchos amores,

y cuando de esperar daba tributo,

¿qué importa la hermosura de las flores,

si se perdieron esperando el fruto?

(Salen el CONDE LUDOVICO, viejo, y CAMILO.)

CAMILO

Para tener sucesión

no te queda otro remedio.

LUDOVICO

Hay muchos años en medio

que mis enemigos son,  
y aunque tiene esa disculpa  
el casarse en la vejez,  
quiere el temor ser jüez  
y ha de averiguar la culpa.  
Y podría suceder  
que sucesión no alcanzase  
y casado me quedase;  
y en un viejo una mujer  
es en un olmo una yedra,  
que aunque con tan varios lazos  
la cubre de sus abrazos,  
él se seca y ella medra.  
Y tratarme casamientos  
es traerme a la memoria,  
Camilo, mi antigua historia  
y renovar mis tormentos.  
Esperando cada día  
con engaños a Teodoro,  
veinte años ha que le lloro.

(Sale un PAJE.)

PAJE

Aquí a vuestra señoría  
busca un griego mercader.

(Salen TRISTÁN, vestido de armenio con un turbante, graciosamente, y FURIO con otro.)

LUDOVICO

Di que entre.

TRISTÁN

Dadme esas manos

y los cielos soberanos,  
con su divino poder,  
os den el mayor consuelo  
que esperáis.

LUDOVICO

Bien seáis venido,  
mas ¿qué causa os ha traído  
por este remoto suelo?

TRISTÁN

De Constantinopla vine  
a Chipre, y della a Venecia,  
con una nave cargada  
de ricas telas de Persia.

Acordeme de una historia  
que algunos pasos me cuesta,  
y con deseo de ver  
a Nápoles, ciudad bella,  
mientras allá mis criados  
van despachando las telas,  
vine, como veis, aquí,  
donde mis ojos confiesan  
su grandeza y hermosura.

LUDOVICO

¿Tiene hermosura y grandeza  
Nápoles?

TRISTÁN

Así es verdad.

Mi padre, señor, en Grecia  
fue mercader, y en su trato  
el de más ganancia era

comprar y vender esclavos,  
y así en la feria de Azteclias  
compró un niño, el más hermoso  
que vio la naturaleza,  
por testigo del poder  
que le dio el cielo en la tierra.

Vendíanle algunos turcos  
entre otra gente bien puesta  
a unas galeras de Malta,  
que las de un bajá turquescas  
prendió en la Chafalonia.

LUDOVICO

Camilo, el alma me altera.

TRISTÁN

Aficionado al rapaz,  
comprole y llevele a Armenia,  
donde se crio conmigo  
y una hermana.

LUDOVICO

Amigo, espera,  
espera, que me traspasas  
las entrañas.

TRISTÁN

[Aparte.]

¡Qué bien entra!

LUDOVICO

¿Dijo cómo se llamaba?

TRISTÁN

Teodoro.

LUDOVICO

¡Ay cielo, qué fuerza  
tiene la verdad! De oírte  
lágrimas mis canas riegan.

TRISTÁN

Serpalitonia, mi hermana,  
y este mozo (nunca fuera  
tan bello), con la ocasión  
de la crianza que engendra  
el amor que todos saben,  
se amaron desde la tierna  
edad, y a deciséis años,  
de mi padre en cierta ausencia,  
ejecutaron su amor,  
y creció de suerte en ella  
que se le echaba de ver,  
con cuyo temor se ausenta  
Teodoro y, para parir,  
a Serpalitonia deja.

Catiborrato, mi padre,  
no sintió tanto la ofensa  
como el dejarle Teodoro.  
Murió, en efeto, de pena  
y bautizamos su hijo,  
que aquella parte de Armenia  
tiene vuestra misma ley,  
aunque es diferente iglesia.

Llamamos al bello niño  
Terimaconio, que queda  
un bello rapaz agora  
en la ciudad de Tepecas.



Andando en Nápoles yo  
mirando cosas diversas,  
saqué un papel en que traje  
deste Teodoro las señas  
y, preguntando por él,  
me dijo una esclava griega  
que en mi posada servía:  
«¿Cosa que ese mozo sea  
el del conde Ludovico?»

Diome el alma una luz nueva,  
y doy en que os he de hablar,  
y por entrar en la vuestra,  
entro, según me dijeron,  
en casa de la condesa  
de Belflor, y al primer hombre  
que pregunto...

LUDOVICO

Ya me tiembla  
el alma.

TRISTÁN

... veo a Teodoro.

LUDOVICO

¿A Teodoro?

TRISTÁN

Él bien quisiera  
hüirse, pero no pudo.

Dudé un poco, y era fuerza,  
porque el estar ya barbado  
tiene alguna diferencia.

Fui tras él, asile en fin,

hablome, aunque con vergüenza,  
y dijo que no dijese  
a nadie en casa quién era,  
porque el haber sido esclavo  
no diese alguna sospecha.  
Díjele: «Si yo he sabido  
que eres hijo en esta tierra  
de un título, ¿por qué tienes  
la esclavitud por bajeza?»

Hizo gran burla de mí  
y yo, por ver si concuerda  
tu historia con la que digo,  
vine a verte, y a que tengas,  
si es verdad que este es tu hijo,  
con tu nieto alguna cuenta  
o permitas que mi hermana  
con él a Nápoles venga,  
no para tratar casarse,  
aunque le sobra nobleza,  
mas porque Terimaconio  
tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO

Dame mil veces tus brazos,  
que el alma con sus potencias  
que es verdadera tu historia  
en su regocijo muestran.

¡Ay, hijo del alma mía,  
tras tantos años de ausencia  
hallado para mi bien!

Camilo, ¿qué me aconsejas?

¿Iré a verle y conocerle?

CAMILO

¿Eso dudas? ¡Parte, vuela,  
y añade vida en sus brazos  
a los años de tus penas!

LUDOVICO

Amigo, si quieres ir  
conmigo, será más cierta  
mi dicha; si descansar,  
aquí aguardando te queda  
y dente por tanto bien  
toda mi casa y hacienda,  
que no puedo detenerme.

TRISTÁN

Yo dejé, puesto que cerca,  
ciertos diamantes que traigo  
y volveré cuando vuelvas.  
Vamos de aquí, Mercaponios.

FURIO

Vamos, señor.

TRISTÁN

Bien se entrecas  
el engañofo.

FURIO

Muy bonis.

TRISTÁN

Andemis.

CAMILO

¡Estraña lengua!

LUDOVICO

Vente, Camilo, tras mí.

(Váyanse el CONDE y CAMILO.)

TRISTÁN

¿Trasponen?

FURIO

El viejo vuela  
sin aguardar coche o gente.

TRISTÁN

¿Cosa que esto verdad sea  
y que este fuese Teodoro?

FURIO

Mas si en mentira como esta  
hubiese alguna verdad...

TRISTÁN

Estas almalafas lleva,  
que me importa desnudarme  
porque ninguno me vea  
de los que aquí me conocen.

FURIO

Desnuda presto.

TRISTÁN

¡Que pueda  
esto el amor de los hijos!

FURIO

¿Adónde te aguardo?

TRISTÁN

Espera,  
Furio, en la choza del olmo.

FURIO

Adiós.

TRISTÁN

¿Qué tesoro llega

(Váyase FURIO.)

al ingenio? Aquí debajo

traigo la capa revuelta,

que como medio sotana

me la puse porque hubiera

más lugar en el peligro

de dejar en una puerta,

con el armenio turbante,

las hopalandas greguescas.

(Salen RICARDO y FEDERICO.)

FEDERICO

Digo que es este el matador valiente

que a Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO

¡Ah, hidalgo!, ¿ansí se cumple entre la gente

que honor profesa y que opinión procura

lo que se prometió tan fácilmente?

TRISTÁN

Señor...

FEDERICO

¿Somos nosotros por ventura

de los iguales vuestros?

TRISTÁN

Sin oírme

no es justo que mi culpa se confirme.

Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,

que ha de morir por esta mano airada,

pero puede ofender vuestro decoro

públicamente ensangrentar mi espada.  
Es la prudencia un celestial tesoro  
y fue de los antiguos celebrada  
por única virtud. Estén muy ciertos  
que le pueden contar entre los muertos.  
Estase melancólico de día  
y de noche cerrado en su aposento,  
que alguna cuidadosa fantasía  
le debe de ocupar el pensamiento.  
Déjenme a mí, que una mojada fría  
pondrá silencio a su vital aliento,  
y no se precipiten desafortunada suerte,  
que yo sé cuándo le he de dar la muerte.

FEDERICO

Paréceme, Marqués, que el hombre acierta.  
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.  
No dudéis, matarale.

RICARDO

Cosa es cierta.  
Por muerto le contad.

FEDERICO

Hablemos paso.

TRISTÁN

En tanto que esta muerte se conierta,  
vusiñorías, ¿no tendrán acaso  
cincuenta escudos? Que comprar querría  
un rocín que volase el mismo día.

RICARDO

Aquí los tengo yo. Tomad seguro  
de que, en saliendo con aquesta empresa,

lo menos es pagaros.

TRISTÁN

Yo aventuro

la vida, que servir buenos profesas.

Con esto, adiós; que no me vean procuro  
hablar desde el balcón de la Condesa  
con vuestras señorías.

FEDERICO

Sois discreto.

TRISTÁN

Ya lo verán al tiempo del efeto.

FEDERICO

¡Bravo es el hombre!

RICARDO

Astuto y ingenioso.

FEDERICO

¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO

Notablemente.

(Sale CELIO.)

CELIO

¿Hay caso más extraño y fabuloso?

FEDERICO

¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.

CELIO

Un suceso notable y riguroso  
para los dos. ¿No veis aquella gente  
que entra en casa del conde Ludovico?

RICARDO

¿Es muerto?

CELIO

Que me escuches te suplico.

darle van el parabién, contentos  
de haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO

Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos  
que le haya esa ventura sucedido?

CELIO

¿No importa a los secretos pensamientos  
que con Dïana habéis los dos tenido  
que sea aquel Teodoro, su criado,  
hijo del Conde?

FEDERICO

El alma me has turbado.

RICARDO

¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera  
se ha venido a saber?

CELIO

Es larga historia,  
y cuéntanla tan varia que no hubiera  
para tomarla tiempo ni memoria.

FEDERICO

¿A quién mayor desdicha sucediera?

RICARDO

Trocose en pena mi esperada gloria.

FEDERICO

Yo quiero ver lo que es.

RICARDO

Yo, Conde, os sigo.

CELIO



Presto veréis que la verdad os digo.

(Váyanse y salgan TEODORO, de camino, y MARCELA.)

MARCELA

En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO

Tú eres causa desta ausencia,  
que en desigual competencia  
no resulta bien jamás.

MARCELA

Disculpas tan falsas das  
como tu engaño lo ha sido,  
porque haberme aborrecido  
y haber amado a Dïana  
lleva tu esperanza vana  
solo a procurar su olvido.

TEODORO

¿Yo a Dïana?

MARCELA

Niegas tarde,  
Teodoro, el loco deseo  
con que perdido te veo  
de atrevido y de cobarde:  
cobarde en que ella se guarde  
el respeto que se debe,  
y atrevido pues se atreve  
tu bajeza a su valor,  
que entre el honor y el amor  
hay muchos montes de nieve.  
Vengada quedo de ti,  
aunque quedo enamorada,

porque olvidaré, vengada,  
que el amor olvida así.  
Si te acordares de mí,  
imagina que te olvido  
porque me quieras, que ha sido  
siempre, porque suele hacer  
que vuelva un hombre a querer  
pensar que es aborrecido.

TEODORO

¡Qué de quimeras tan locas  
para casarte con Fabio!

MARCELA

Tú me casas, que al agravio  
de tu desdén me provocas.

(Sale FABIO.)

FABIO

Siendo las horas tan pocas  
que aquí Teodoro ha de estar,  
bien haces, Marcela, en dar  
ese descanso a tus ojos.

TEODORO

No te den celos enojos  
que han de pasar tanto mar.

FABIO

En fin ¿te vas?

TEODORO

¿No lo ves?

FABIO

Mi señora viene a verte.

(Salen la CONDESA y DOROTEA y ANARDA.)

DIANA

¿Ya, Teodoro, desta suerte?

TEODORO

Alas quisiera en los pies,  
cuanto más, señora, espuelas.

DIANA

¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA

Todo está aprestado y junto.

FABIO

En fin ¿se va?

MARCELA

¿Y tú me celas?

DIANA

Oye aquí aparte.

TEODORO

Aquí estoy

(Aparte los dos.)

a tu servicio.

DIANA

Teodoro,

tú te partes; yo te adoro.

TEODORO

Por tus crueldades me voy.

DIANA

Soy quien sabes, ¿qué he de hacer?

TEODORO

¿Lloras?

DIANA

No, que me ha caído

algo en los ojos.

TEODORO

¿Si ha sido  
amor?

DIANA

Sí debe de ser,  
pero mucho antes cayó  
y agora salir querría.

TEODORO

Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.  
Sin ella tengo de ir,  
no hago al serviros falta,  
porque hermosura tan alta  
con almas se ha de servir.  
¿Qué me mandáis? Porque yo  
soy vuestro.

DIANA

¡Qué triste día!

TEODORO

Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.

DIANA

¿Lloras?

TEODORO

No, que me ha caído  
algo, como a ti, en los ojos.

DIANA

Deben de ser mis enojos.

TEODORO

Eso debe de haber sido.

DIANA

Mil niñerías te he dado

que en un baúl hallarás.

Perdona, no pude más.

Si le abrieres, ten cuidado

de decir, como a despojos

de vitoria tan tirana:

«Aquestos puso Dïana

con lágrimas de sus ojos»

[Aparte ANARDA y DOROTEA.]

ANARDA

Perdidos los dos están.

DOROTEA

¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA

Quedarse fuera mejor.

Manos y prendas se dan.

DOROTEA

Dïana ha venido a ser

el perro del hortelano.

ANARDA

Tarde le toma la mano.

DOROTEA

O coma o deje comer.

(Salen el CONDE LUDOVICO y CAMILO.)

LUDOVICO

Bien puede el regocijo dar licencia,

Dïana ilustre, a un hombre de mis años

para entrar desta suerte a visitaros.

DIANA

Señor Conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO

¿Pues vós sola  
no sabéis lo que sabe toda Nápoles?  
Que en un instante que llegó la nueva  
apenas me han dejado por las calles,  
ni he podido llegar a ver mi hijo.

DIANA

¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.

LUDOVICO

¿Nunca, vuseñoría, de mi historia  
ha tenido noticia, y que ha veinte años  
que enviaba un niño a Malta con su tío,  
y que le cautivaron las galeras  
de Alí Bajá?

DIANA

Sospecho que me han dicho  
ese suceso vuestro.

LUDOVICO

Pues el cielo  
me ha dado a conocer el hijo mío  
después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA

Con justa causa, Conde, me habéis dado  
tan buena nueva.

LUDOVICO

Vós, señora mía,  
me habéis de dar en cambio de la nueva  
el hijo mío que sirviéndoos vive,

bien descuidado de que soy su padre.

¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA

¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO

No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.

DIANA

¿Teodoro?

LUDOVICO

Sí, señora.

TEODORO

¿Cómo es esto?

DIANA

Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

LUDOVICO

¿Luego es aqueste?

TEODORO

Señor Conde, advierta

vuseñoría...

LUDOVICO

No hay qué advertir, hijo,  
hijo de mis entrañas, sino solo  
el morir en tus brazos.

DIANA

¡Caso extraño!

ANARDA

¡Ay, señora! ¿Teodoro es caballero  
tan principal y de tan alto estado?

TEODORO

Señor, yo estoy sin alma de turbado.

¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO

Cuando no tuviera  
tanta seguridad, el verte fuera  
de todas la mayor. ¡Qué parecido  
a cuando mozo fui!

TEODORO

Los pies te pido  
y te suplico.

LUDOVICO

No me digas nada,  
que estoy fuera de mí. ¡Qué gallardía!  
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!  
¡Qué bien que te escribió naturaleza  
en la cara, Teodoro, la nobleza!  
Vamos de aquí; ven luego, luego toma  
posesión de mi casa y de mi hacienda;  
ven a ver esas puertas coronadas  
de las armas más nobles deste reino.

TEODORO

Señor, yo estaba de partida a España,  
y así me importa...

LUDOVICO

¿Cómo a España? ¡Bueno!  
España son mis brazos.

DIANA

Yo os suplico,  
señor Conde, dejéis aquí a Teodoro  
hasta que se reporte y en buen hábito  
vaya a reconocerlos como hijo,



que no quiero que salga de mi casa  
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO

Habláis como quien sois, tan cuerdamente.

Dejarle sientto por un breve instante,  
mas porque más rumor no se levante  
me iré, rogando a vuestra señoría  
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA

Palabra os doy.

LUDOVICO

Adiós, Teodoro mío.

TEODORO

Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO

Camilo,  
venga la muerte agora.

CAMILO

¡Qué gallardo  
mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO

Pensar poco  
quiero este bien, por no volverme loco.

(Váyase el CONDE y lleguen todos los criados a TEODORO.)

FABIO

Danos a todos las manos.

ANARDA

Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA

Hacernos debes favor.

MARCELA

Los señores que son llanos  
conquistan las voluntades.

Los brazos nos puedes dar.

DIANA

Apartaos, dadme lugar;  
no le digáis necedades.

Deme vuestra señoría  
las manos, señor Teodoro.

TEODORO

Agora esos pies adoro  
y sois más señora mía.

DIANA

Salíos todos allá.  
Dejadme con él un poco.

MARCELA

¿Qué dices, Fabio?

FABIO

Estoy loco.

DOROTEA

¿Qué te parece?

ANARDA

Que ya  
mi ama no querrá ser  
el perro del hortelano.

DOROTEA

¿Comerá ya?

ANARDA

¿Pues no es llano?

DOROTEA

Pues reviente de comer.

(Váyanse los criados.)

DIANA

¿No te vas a España?

TEODORO

¿Yo?

DIANA

¿No dice vuseñoría:

«Yo me voy, señora mía;

yo me voy, el alma no»?

TEODORO

¿Burlas de ver los favores

de la Fortuna?

DIANA

Haz extremos.

TEODORO

Con igualdad nos tratemos

como suelen los señores,

pues todos lo somos ya.

DIANA

Otro me pareces.

TEODORO

Creo

que estás con menos deseo;

pena el ser tu igual te da.

Quisiérasme tu criado,

porque es costumbre de amor

querer que sea inferior

lo amado.

DIANA

Estás engañado,  
porque agora serás mío,  
y esta noche he de casarme  
contigo.

TEODORO

No hay más que darme.

Fortuna, tente.

DIANA

Confío

que no ha de haber en el mundo  
tan venturosa mujer.

Vete a vestir.

TEODORO

Iré a ver

el mayorazgo que hoy fundo  
y este padre que me hallé  
sin saber cómo o por dónde.

DIANA

Pues adiós, mi señor Conde.

TEODORO

Adiós, Condesa.

DIANA

Oye.

TEODORO

¿Qué?

DIANA

¿Qué? Pues ¿cómo? ¿A su señora  
así responde un criado?

TEODORO

Está ya el juego trocado

y soy yo el señor agora.

DIANA

Sepa que no me ha de dar  
más celitos con Marcela,  
aunque este golpe le duela.

TEODORO

No nos solemos bajar  
los señores a querer  
las criadas.

DIANA

Tenga cuenta  
con lo que dice.

TEODORO

Es afrenta.

DIANA

Pues ¿quién soy yo?

TEODORO

Mi mujer.

(Váyase.)

DIANA

No hay más que desear. Tente, Fortuna,  
como dijo Teodoro. Tente, tente.

(Salen FEDERICO y RICARDO.)

RICARDO

¿En tantos regocijos y alborotos  
no se da parte a los amigos?

DIANA

Tanta  
cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDERICO

De ser tan gran señor vuestro criado  
os las pedimos.

DIANA

Yo pensé, señores,  
que las pedís, con que licencia os pido,  
de ser Teodoro conde, y mi marido.  
(Váyase la CONDESA.)

RICARDO

¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO

Estoy sin seso.

RICARDO

¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!  
(Sale TRISTÁN.)

FEDERICO

¿Veisle? Aquí viene.

TRISTÁN

Todo está en su punto.

¡Brava cosa que pueda un lacaífero  
ingenio alborotar a toda Nápoles!

RICARDO

Tente, Tristán, o como te apellidas.

TRISTÁN

Mi nombre natural es Quitavidas.

FEDERICO

¡Bien se ha echado de ver!

TRISTÁN

Hecho estuviera  
a no ser conde de hoy acá este muerto.

RICARDO

Pues ¿eso importa?

TRISTÁN

Al tiempo que el concierto  
hice por los treientos solamente,  
era para matar, como fue llano,  
un Teodoro criado, mas no conde.  
Teodoro conde es cosa diferente,  
y es menester que el galardón se aumente,  
que más costa tendrá matar un conde  
que cuatro o seis criados que están muertos,  
unos de hambre, y otros de esperanzas,  
y no pocos de envidia.

FEDERICO

¿Cuánto quieres,  
y mátales esta noche?

TRISTÁN

Mil escudos.

RICARDO

Yo los prometo.

TRISTÁN

Alguna señal quiero.

RICARDO

Esta cadena.

TRISTÁN

Cuenten el dinero.

FEDERICO

Yo voy a prevenillo.

TRISTÁN

Yo a matalle.

¿Oyen?

RICARDO

¿Qué? ¿Quieres más?

TRISTÁN

Todo hombre calle.

(Váyanse, y entre TEODORO.)

TEODORO

Desde aquí te he visto hablar  
con aquellos matadores.

TRISTÁN

Los dos necios son mayores  
que tiene tan gran lugar.

Esta cadena me han dado,  
mil escudos prometido  
porque hoy te mate.

TEODORO

¿Qué ha sido  
esto que tienes trazado?  
Que estoy temblando, Tristán.

TRISTÁN

Si me vieras hablar griego,  
me dieras, Teodoro, luego  
más que estos locos me dan.

¡Por vida mía, que es cosa  
fácil el greguecizar!

Ello, en fin, no es más de hablar,  
mas era cosa donosa

los nombres que les decía:

Azteclias, Catiborratos,

Serpelitonia, Xipatos,

Atecas, Filimoclía...



que esto debe de ser griego,  
como ninguno lo entiende,  
y en fin, por griego se vende.

TEODORO

A mil pensamientos llego  
que me causan gran tristeza,  
pues si se sabe este engaño  
no hay que esperar menos daño  
que cortarme la cabeza.

TRISTÁN

¿Agora sales con eso?

TEODORO

Demonio debes de ser.

TRISTÁN

Deja la suerte correr  
y espera el fin del suceso.

TEODORO

La Condesa viene aquí.

TRISTÁN

Yo me escondo; no me vea.

(Sale la CONDESA.)

DIANA

¿No eres ido a ver tu padre,  
Teodoro?

TEODORO

Una grave pena  
me detiene, y finalmente  
vuelvo a pedirte licencia  
para proseguir mi intento  
de ir a España.

DIANA

Si Marcela

te ha vuelto a tocar al arma,

muy justa disculpa es esa.

TEODORO

¿Yo Marcela?

DIANA

Pues ¿qué tienes?

TEODORO

No es cosa para ponerla

desde mi boca a tu oído.

DIANA

Habla, Teodoro, aunque sea

mil veces contra mi honor.

TEODORO

Tristán, a quien hoy pudiera

hacer el engaño estatuas,

la industria versos y Creta

rendir laberintos, viendo

mi amor, mi eterna tristeza,

sabiendo que Ludovico

perdió un hijo, esta quimera

ha levantado conmigo,

que soy hijo de la tierra

y no he conocido padre

más que mi ingenio, mis letras

y mi pluma. El Conde cree

que lo soy, y aunque pudiera

ser tu marido y tener

tanta dicha y tal grandeza,

mi nobleza natural  
que te engañe no me deja  
porque soy naturalmente  
hombre que verdad profesa.  
Con esto para ir a España  
vuelvo a pedirte licencia,  
que no quiero yo engañar  
tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA

Discreto y necio has andado:  
discreto en que tu nobleza  
me has mostrado en declararte,  
necio en pensar que lo sea  
en dejarme de casar,  
pues he hallado a tu bajeza  
el color que yo quería,  
que el gusto no está en grandezas,  
sino en ajustarse al alma  
aquello que se desea.

Yo me he de casar contigo,  
y porque Tristán no pueda  
decir aqueste secreto,  
hoy haré que cuando duerma  
en ese pozo de casa  
le sepulten.

TRISTÁN

(Detrás del paño.)

¡Guarda afuera!

DIANA

¿Quién habla aquí?

TRISTÁN

¿Quién? Tristán,  
que justamente se queja  
de la ingratitud mayor  
que de mujeres se cuenta.  
Pues siendo yo vuestro gozo,  
aunque nunca yo lo fuera,  
¿en el pozo me arrojáis?

DIANA

¿Qué? ¿Lo has oído?

TRISTÁN

No creas  
que me pescarás el cuerpo.

DIANA

Vuelve.

TRISTÁN

¿Que vuelva?

DIANA

Que vuelvas.  
Por el donaire te doy  
palabra de que no tengas  
mayor amiga en el mundo,  
pero has de tener secreta  
esta invención, pues es tuya.

TRISTÁN

Si me importa que lo sea,  
¿no quieres que calle?

TEODORO

Escucha.

¿Qué gente y qué grita es esta?

(Salen el CONDE LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO, ANARDA, DOROTEA, MARCELA.)

RICARDO

Queremos acompañar  
a vuestro hijo.

FEDERICO

La bella  
Nápoles está esperando  
que salga, junta a la puerta.

[LUDOVICO]

Con licencia de Diana  
una carroza te espera,  
Teodoro, y junta, a caballo,  
de Nápoles la nobleza.  
Ven, hijo, a tu propia casa.  
Tras tantos años de ausencia,  
verás adónde naciste.

DIANA

Antes que salga y la vea  
quiero, Conde, que sepáis  
que soy su mujer.

LUDOVICO

Detenga  
la Fortuna en tanto bien  
con clavo de oro la rueda.  
Dos hijos saco de aquí  
si vine por uno.

FEDERICO

Llega,  
Ricardo, y da el parabién.

RICARDO

Darle, señores, pudiera  
de la vida de Teodoro,  
que celos de la Condesa  
me hicieron que a este cobarde  
diera, sin esta cadena,  
por matarle mil escudos.  
Haced que luego le prendan,  
que es encubierto ladrón.

TEODORO

Eso no, que no profesa  
ser ladrón quien a su amo  
defiende.

RICARDO

¿No? Pues ¿quién era  
este valiente fingido?

TEODORO

Mi criado, y porque tenga  
premio el defender mi vida,  
sin otras secretas deudas,  
con licencia de Dñana  
le caso con Dorotea,  
pues que ya su señoría  
casó con Fabio a Marcela.

RICARDO

Yo doto a Marcela.

FEDERICO

Y yo  
a Dorotea.

LUDOVICO

Bien. Queda  
para mí, con hijo y casa,  
el dote de la Condesa.

TEODORO

Con esto, senado noble,  
que a nadie digáis se os ruega  
el secreto de Teodoro,  
dando con licencia vuestra  
de El perro del hortelano  
fin la famosa comedia.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE EL PERRO DEL HORTELANO